

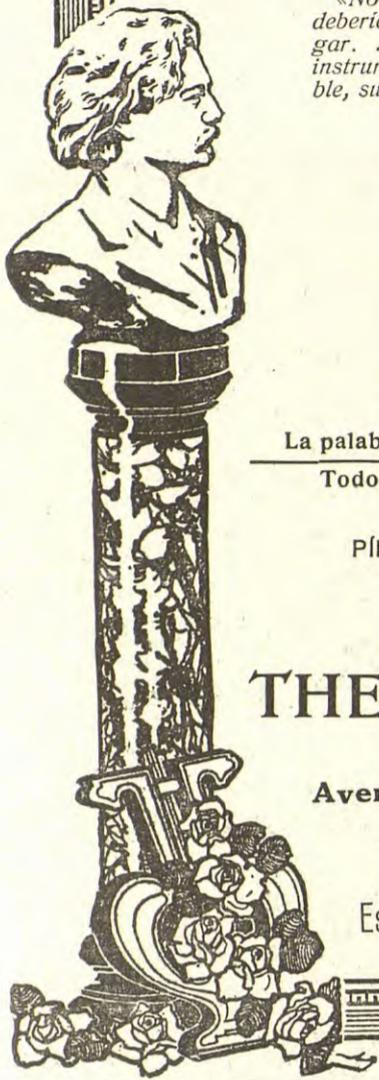
La Esfera

Año V Núm. 213

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE LA INFANTA ANA MARÍA VICTORIA, cuadro de Nicolás Largillière, que se conserva en el Museo del Prado



«No acierto á comprender por qué razón no debería haber un "Pianola"-Piano en cada hogar. ... el "Pianola"-Piano es, entre todos los instrumentos de su clase, el mejor, incomparable, supremo!

(firmado) PADEREWSKI»

EL "PIANOLA"-PIANO METROSTYLE - THEMODISTE

es el único instrumento de su clase verdaderamente serio, consagrado por los músicos de fama mundial, así como por el gran público, que han sabido apreciar sus incomparables propiedades artísticas.

"Pianola"-Pianos Weber, Steinway & Sons, Steck, Stroud, Aeolian

La palabra "PIANOLA" constituye una marca legalmente registrada, propiedad exclusiva de THE ÆOLIAN C.º

Todo instrumento automático que no ostente la palabra "PIANOLA", debe ser rechazado como ilegítimo

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO "N"

Exposición y audiciones:

THE ÆOLIAN C.º

(S. A. E.)

Avenida del Conde de Peñalver, 24

MADRID

Esta casa no tiene sucursal en Madrid



XEREZ-QUINA RUIZ

DE "FÉLIX
RUIZ
Y
RUIZ,"
JEREZ

Este JEREZ posee, sin duda alguna, los gérmenes de la felicidad y la alegría, porque está demostrado que en los hogares donde su uso es continuo, desaparecen por completo todas las enfermedades del aparato digestivo y de la sangre, y, por consecuencia, donde hay salud... hay felicidad y alegría.



¡Jamás use un
Pulimento de
Aceite en
Ninguno
de Mis
Muebles!



Deseo Que Siempre Use
Cera Preparada de

JOHNSON

Forma una capa protectora sobre el barniz, haciendo mayor su duración. Nunca se pondrá pegajosa; por lo tanto, no muestra las manchas de los dedos.

Ni Recogerá el Polvo.

Los pulimentos que contienen aceite retienen todo el polvo y manchan la ropa, etc. La Cera Preparada de Johnson produce un pulido duro y seco, dejando la superficie como un espejo.

Tenga Ud. siempre a la mano una caja para pulimentar:

Pisos Pianos Automóviles
Linóleo Muebles Obra de Madera

De venta en los buenos almacenes.

Invitamos a los comerciantes para que nos escriban.

S. C. Johnson & Son, 244 High Holborn, Londres, E. C., Inglaterra

La Esfera

Año V.—Núm. 213

26 de Enero de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



INGENUIDAD

Escultura en mármol, obra del insigne
artista D. Mariano Benlliure

DE LA VIDA QUE PASA
MIENTRAS LA NIEVE CAE...



Las primeras nevadas han interrumpido las operaciones en todos los frentes de batalla.

(De varios periódicos.)

Sobre los inmensos campos de batalla, por donde el alma en delirio de la vieja Europa arrastra á los pueblos á la hecatombe, la nieve ha extendido su manto de armiño.

Sobre los caminos hollados por los hombres que marcharon á la muerte y á la gloria; sobre las alquerías trágicas, donde cantó la roja musa del heroísmo; sobre las campiñas asoladas al rodar de los carros de guerra; sobre los restos acusadores de los pueblos devastados por el huracán del incendio, y sobre los esqueletos imponentes de los templos bombardeados, la nieve cae lenta, implacable, densa, poblando el aire, cubriendo la tierra é imponiéndose á los sentidos como el motivo capital de una inmensa sinfonía blanca.

La Naturaleza, eterno arquetipo, fecunda maestra, ha dado una nueva lección á los humanos.

Los hombres, sin que nada les detenga, luchan y se destrozan. Constantemente el fantasma de la muerte aletea sobre sus cabezas, y ellos, sin cesar, se acechan y persiguen, lo mismo en las horas luminosas y optimistas de la mañana, que en las horas trágicas é inquietas de la noche; bajo la claridad clemente del sol y bajo la plata mística de la luna; en la cresta de las montañas inhóspitas y en las entrañas de la tierra; sobre la móvil esmeralda de los mares y en los verdes abismos insondables; en el campo y en el templo; en el hogar venerable y querido y en el espacio conquistable é infinito.

Y ante este aterrador espectáculo de saña y de crueldad, la Naturaleza—eterna madre admirable—tiende sobre los hombres su piedad, la blanca piedad de la nieve que, cubriendo los campos, interceptando los caminos y obstruyendo los puentes, hace que amengüe el vértigo homicida.

La piedad que en el corazón de los hombres falta, ha ido á refugiarse en el corazón inmortal de la Naturaleza.

La nieve ha sido, en la desolación y la cruel-

dad de la lucha, la tregua santa, la palabra de Dios, que se ha impuesto silenciosa, mansa é incontrastable.

Y mientras la nieve cae, dificultando el avance de la matanza; mientras millares de combatientes permanecen inactivos, resignados y expectantes; mientras la Muerte descansa oteando ya las nuevas víctimas, ¿qué pensamiento bienhechor conmueve el alma de las muchedumbres? ¿Qué emoción embarga el espíritu inmortal de los pueblos?

En el alma universal, en la íntima conciencia colectiva, un solo ideal se agita, un afán unánime conmociona y armoniza el alma compleja de los pueblos con los temblores de una anunciación milagrosa. El ideal de la paz duerme en la entraña de todos.

Por extraña y dolorosa paradoja, el ideal de la guerra es la paz. Por ella se lucha, por situarse lo mejor posible para cuando llegue el momento equilibrador.

Hacia la paz tienden las ansias redentoristas de todos. La imploran los hombres en la soledad angustiosa de las trincheras, y las mujeres en la desolación de los hogares abandonados. La invocan los estadistas en la quietud de sus gabinetes de estudio, y los sabios en el misterio de sus laboratorios, y los sacerdotes en los altares de su fe, y los filósofos y los poetas ante

el ara inmortal y creadora de sus cerebros y sus corazones.

Los hombres, cegados de fe, ebrios de ambición, no cesan, sin embargo, de matarse. Se aprestan los ejércitos formidables; se pertrechan las grandes máquinas destructoras, y en los cerebros de los poderosos, en el alma tenebrosa y trágica de los inductores, sopla el vendaval de la lucha.

Pero la Naturaleza, implacable é invencible, se opone á todas las voluntades, incitándolas á una tregua.

—¡Adelante!—gritan los hombres, furiosos de venganza ó de conquista.

—¡Esperad!—parece decirles la Naturaleza. Y la nieve cae, cae lenta, mansa, poderosa, imponiendo á todos su paz.

Y en esta tregua, en este forzoso compás

de espera, ¿quién sabe qué recóndita esperanza suspenderá el ánimo de los combatientes! ¿Quién sabe qué impulso de fraternidad no confesada impulsará á los enemigos á estrechar sus manos ateridas! ¿Quién sabe qué espantosas visiones de roja pesadilla turbarán el sueño de los grandes causantes de la hecatombe!

¡La paz! Es la palabra santa, nuncio de gloriosa epifanía, oración íntima, fraterna y universal.

¿Quién lanzará á los vientos el clamor ansioso que haga cesar la lucha?

¿De dónde partirá en definitiva la buena nueva pacificadora?

¿Vendrá de lejos, de los pueblos norteros agitados, hecha nervio y fuerza en los labios eslavos de un caudillo revolucionario, ó será pasión y luz en los labios encendidos de un hijo de la vieja España?

Nadie lo sabe. Pero venga de donde venga, ¡bien hayan el hombre ó el pueblo que, con un noble y amplio gesto de sembrador, lance sobre la vieja Europa, vesánica y fratricida, la semilla milagrosa que haga florecer en los surcos ensangrentados las rosas blancas de la paz!

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

DIBUJO DE MATANIA

UNA OBRA DE BENLLIURE

A cusa la excelencia suprema en la técnica y en la ideología de un artista el retorno a las normas características de sus comienzos. Llega la necesidad de este retorno en la madurez, cuando el artista alcanza la plenitud de sus facultades. Este es el caso de Mariano Benlliure. Sucesivamente ha ido reproduciendo LA ESFERA las últimas obras del laureado escultor, conforme iban surgiendo de su cincel, que tantas veces le conquistó gloriosos laureles. La mayoría de estas obras son retratos de niños: el de Su Alteza la Infanta doña Cristina; el del hijo de los señores de Togores, antes; el de Jesús Velázquez, ahora.

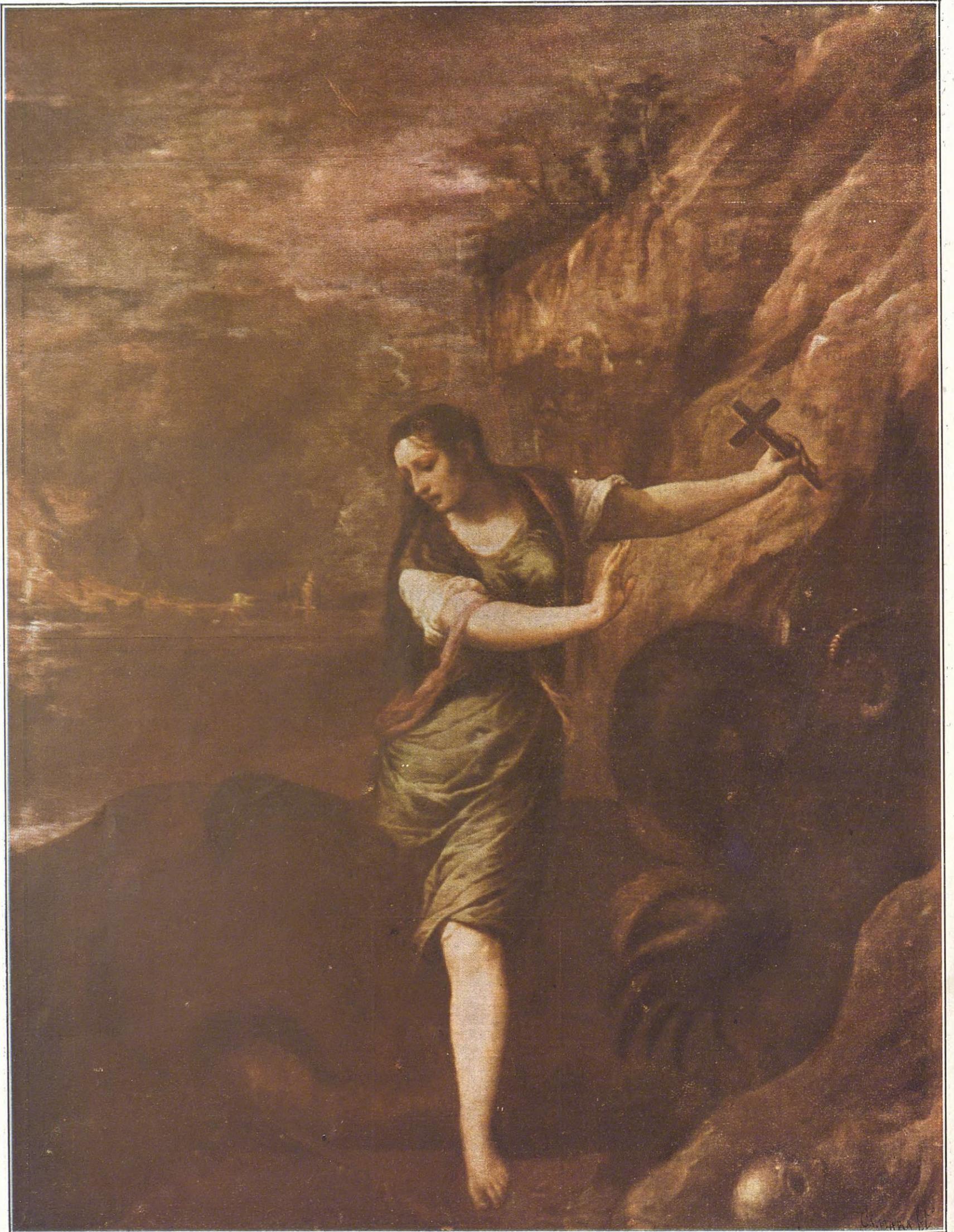


Une en todos ellos, á la gracia infantil, á la pureza de líneas del modelo, el complemento ornamental de unas palomas, de un corderillo, de un cachorro de Pomerania. Y siempre con esa factura ágil, con ese espontáneo y fresco sentido eurítmico, tan personal y peculiar del maestro valenciano. Nuevamente el recuerdo de los grandes estatuarios franceses del siglo XVIII acude á los puntos de la pluma, frente al retrato del hijo de los señores Velázquez. El mármol parece sonreír, y una emoción grata, acariciadora, nos invade frente á la inocencia de la figura del modelo, sorprendida con tan afortunadas dotes de belleza...

L.A.M.A.R.

LA ESFERA

ARTE ANTIGUO



SANTA MARGARITA, cuadro de Tiziano, que se conserva en el Museo del Prado

LA ESFERA

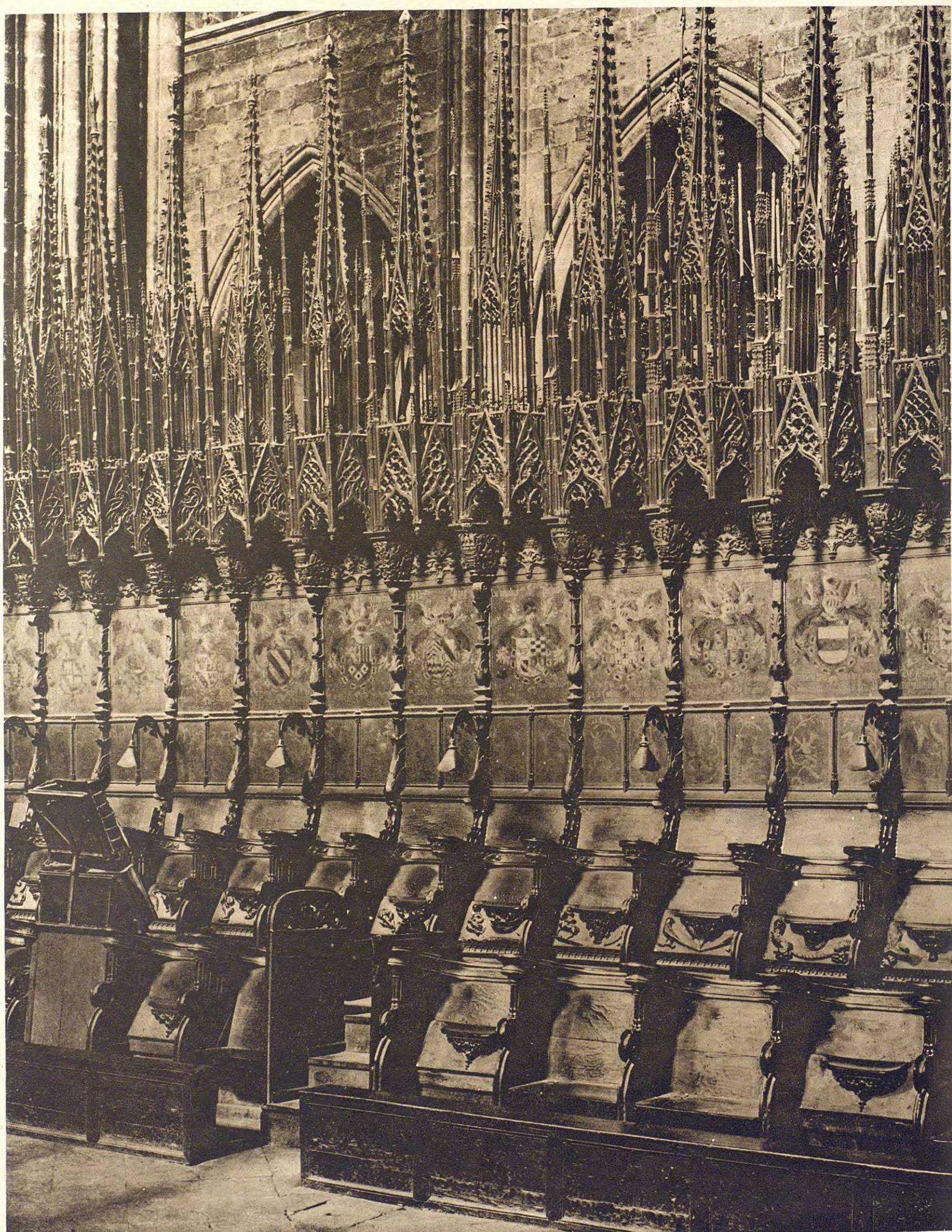
FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



LAS JARDINERAS

Composición fotográfica del notable artista D. Diego González Ragel

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



BARCELONA.—DETALLE DEL CORO DE LA CATEDRAL

Fot. Castellá

MÁLAGA, LA FUERTE

No habéis estado nunca en Málaga, lectores míos? Será difícil, porque Málaga atrae como una cita de amor y lleva á su recinto maravilloso á todos los hombres que sueñan con lo bello y saben que, para convertir la imaginada ventura en realidad, no hay sino tomar el tren y trasladarse á la ciudad mágica, en la que lo mejor es lo inesperado. Aquellos que no conozcan á Málaga sino por las canciones, esos, me inspiran envidia. ¡Ah, si Málaga fuera aún para mí una impresión nueva!... ¡Ah, si yo no hubiera ido nunca á Málaga. y ahora estuviese preparando mi equipaje para descubrir sus encantos!...

¡Qué de alegría en el viaje, qué impaciencia por llegar, qué emoción cuando, al salir del coche ferroviario, empezara á oír el dulce, picaresco ceceo de cocheros y faquines, y luego divisara la farola, proyectando en la azul bahía su cilindro de blanca piedra, semejante á colosal bujía, y más tarde la masa pétrea de la catedral, obra interrumpida, como cuadra á la condición de los malagueños, que inventan lo magno, y cuando está casi hecho lo abandonan, porque ya han inventado algo mayor!... No. Esas emociones las he gozado, las he gastado, las he perdido en los antiguos viajes, cuando yo era joven. Pero es tan fuerte la sugestión de la ciudad del río seco ó torrencial, de la tierra milagrosa de la gracia y de la ironía, del chiste riente y de la honda ternura, que siempre queda en ella algo nuevo. Y el año pasado, al tornar á Málaga, me pareció que en las anteriores estancias sólo había visto lo que está á flor de tierra, y que todavía quedaba inédito el poema... Porque ese es el carácter de la población que radica entre las playas y los montes, entre el Palo Duz y La Caleta. Ella ríe siempre, y hasta cuando llora ríe, porque no se cree con derecho á enojar á los otros por sus dolores. Manera sublime de vida, en la que no hay protestas, ni lamentos. La generosidad irradia. La abnegación impera. Ciudad víctima, ejemplo singular de la desatención oficial, que no tiene ni cauce para su río tormentoso, ni auxilio para sus industrias agrícolas, ni estímulo para sus ingenios, ni alientos para sus nobles propósitos. Y Málaga sigue con su gesto amable, con sus labios rojos, con su mirada magnífica, en medio de las angustias de su sufrir.



Vista del puerto de Málaga

Otras ciudades, otras regiones, precisamente las favorecidas, aquellas que son incapaces de sentir el desprecio de los bienes materiales, acusan á Málaga de frivolidad y de inconsciencia. Es la lucha entre el sentimiento y el cálculo; es la contienda entre los pueblos arancelarios y los pueblos víctimas del Arancel, idea que yo repito frecuentemente con la esperanza, infundada, de que, al cabo, se enteren los españoles de que todo el régimen nacional se funda en la injusticia, y que, mientras no haya una base eualitaria para el esfuerzo, no habrá un centro firme de la voluntad nacional. Y esos pueblos favoritos de la ley, acusan á Málaga de holganza y de pereza. Allá se ven las chimeneas de sus fábricas; en las aguas suaves del puerto se divisa la innumerable barquería, la que tripulan los audaces pescadores, la que se aventura sobre las costas de Marruecos. No; el malagueño es laborioso, firme y tenazmente laborioso. Parece que no trabaja porque, cuando sale del taller, de la oficina, del muelle ó del barco, camina alegre, la risa en los labios, el dulce humor en el alma y en la conversación el ingenio inagotable. Yo he visto surgir de las fábricas malagueñas al personal obrero, desparramándose por las avenidas y las calles, con un júbilo que parecía ajeno á la idea del esfuerzo realizado. Y he visto cómo los grupos de obreros de otras regiones españolas irrumpían en la ciudad en demanda de sus hogares, ó se iban repartiendo por los tabernáculos, con gesto agrio, la mirada colérica. Estos se consideraban perpetuamente ultrajados por la or-

ganización social. Los malagueños estaban seguros de que sólo por haber ganado su jornal en imbrobo esfuerzo, debían dar gracias á Dios. Y ellos repartían por la ciudad del Guadalmedina el donaire. Si un día la iniquidad les fustigaba, su risa se convertía en ira. Las barricadas de Málaga no son frecuentes, pero son memorables. Rasgo principal de los malagueños es el de no dar importancia á sus propios méritos. Los grandes hombres que allí han nacido no han contado nunca con el aplauso de sus conterráneos. Estévez Calderón pasó casi inadvertido, aun después de haber escrito aquellas maravillas de estilo clásico que se condensan en la preciosidad inimitable y única de «Mairena, Mairena del Alcor». Cánovas del Castillo, señor de España du-

rante tantos años, nacido en la humilde casa de un maestro de escuela malagueño, y magno psicólogo, decía que si su fama y su renombre se perdieran, no habría que ir á buscarlos en las márgenes del río seco de Guadalmedina; Carvajal, el ministro republicano, el orador prodigioso, iba á Málaga de incógnito cuando, desatendiendo sus obligaciones de la capital, quería refrescar su espíritu en el ambiente costanero... Fué diputado por Málaga varias veces Andrés Mellado, el excelente periodista, pero no lo debió á las simpatías de sus paisanos, sino al imperio del encasillado oficial... Los literatos malagueños conocen bien á dónde llega la indiferencia de sus convecinos. González Anaya, autor de novelas de alto mérito, no es allí literariamente estimado como merece. Arturo Reyes, el hombre bueno, el poeta exquisito, el creador de «Cartucherita», vivió y murió en la estrechez... Y así todos.

¿Significa eso desdén de las propias glorias? No. Lo que significa es el amargo orgullo de ellas, y la seguridad de que dondequiera surgirá un poeta, en cualquier rincón aparecerá un estadista, y en la más humilde casa de la Corcha refulgirá un genio.

Tierra de los desdenes, ciudad de la crítica, nunca satisfecha de lo que hace, aspirando siempre á más... Allí se crían todas las flores, menos la de la vanidad. Porque si alguien intenta representar la calidad ingenua de la raza, explotándola, será en torno la risa. Y la risa malagueña es mortal.

J. ORTEGA MUNILLA



Dos aspectos del puerto de Málaga

POTS. CALVET Y MARTIN VELANDIA

VERSOS DE JUVENTUD



DIBUJO DE MOYA DEL FINO

TROVA DE AMOR

Paladín de una regia hermosura,
soy devoto de Amor, mensajero
que entregó con la fe su ternura
y en sus mallas quedó prisionero.

Sobre el noble alazán gualdrapado
voy siguiendo su ardiente carrera,
y en el viento se agita, azotado,
el alifón de mi altiva cimera.

Y a ti llego, señora, rendido
ante el trono en que el busto levantas,
a poner en tu fuego encendido
letanías de amor a tus plantas.

Esa luz que en tus ojos fulgura
y en tu rostro de virgen esplende,
es la llama magnífica y pura
que el calor de mis versos enciende.

Ese manso raudal de alegría
que en tu boca palpita y resbala,
es la fragua que mi poesía
en su cáliz de versos exhala.

Y esa frente de mármol radiante,
que coronan los rubios cabellos,
es la fragua encendida y brillante
donde forjo los cantos más bellos.

Estás dentro de mí, y eres mía,
luz de sol que mis sienas calienta,

y en el mundo del Arte me guía
y en las horas de lucha me alienta.

Estás dentro de mí, dueño mío,
como un chorro de luces de aurora,
y eres tú la que ríe, si río,
y eres tú, cuando lloro, quien llora.

En la red de mis rimas oscuras,
pajarillos de rápido vuelo,
van envueltas tus hondas ternuras
y va oculta la voz de tu anhelo.

Y en el coro de sus armonías,
manantial de amorosas ternuras,
va la aurora de tus alegrías
y el cenital de tus nobles tristezas.

Con mis voces, tu voz se levanta
como un eco de cuerdas sonoras...
¡Eres tú quien me arrulla y me canta
en la dulce quietud de las horas!

Que es tu rítmica voz el acento
del Amor, que en mi pecho palpita
como mansa paloma que al viento
el blanco de sus alas agita.

Porque dentro del pecho te escondo,
mariposa que vive entre flores,
a la voz de mi musa respondo
con un canto de tiernos amores.

¿Qué más bello cantar? Tiene aromas
de flotantes y gráciles brisas
y batir de nevadas palomas
y temblar de radiantes sonrisas.

Y el destino ideal de su queja
es seguir del Amor la fortuna
y morir suspirante en la reja
a la pálida luz de la luna.

Trovador de tus galas mejores,
a la lucha me apresto, señora...
Sólo sé dulces cantos de amores:
¡los de un alma que gime y acora!

Ellos son resplandor de mi vida,
ideal de mi noble destino,
los que alfombran mi senda florida,
los que llenan de luz mi camino.

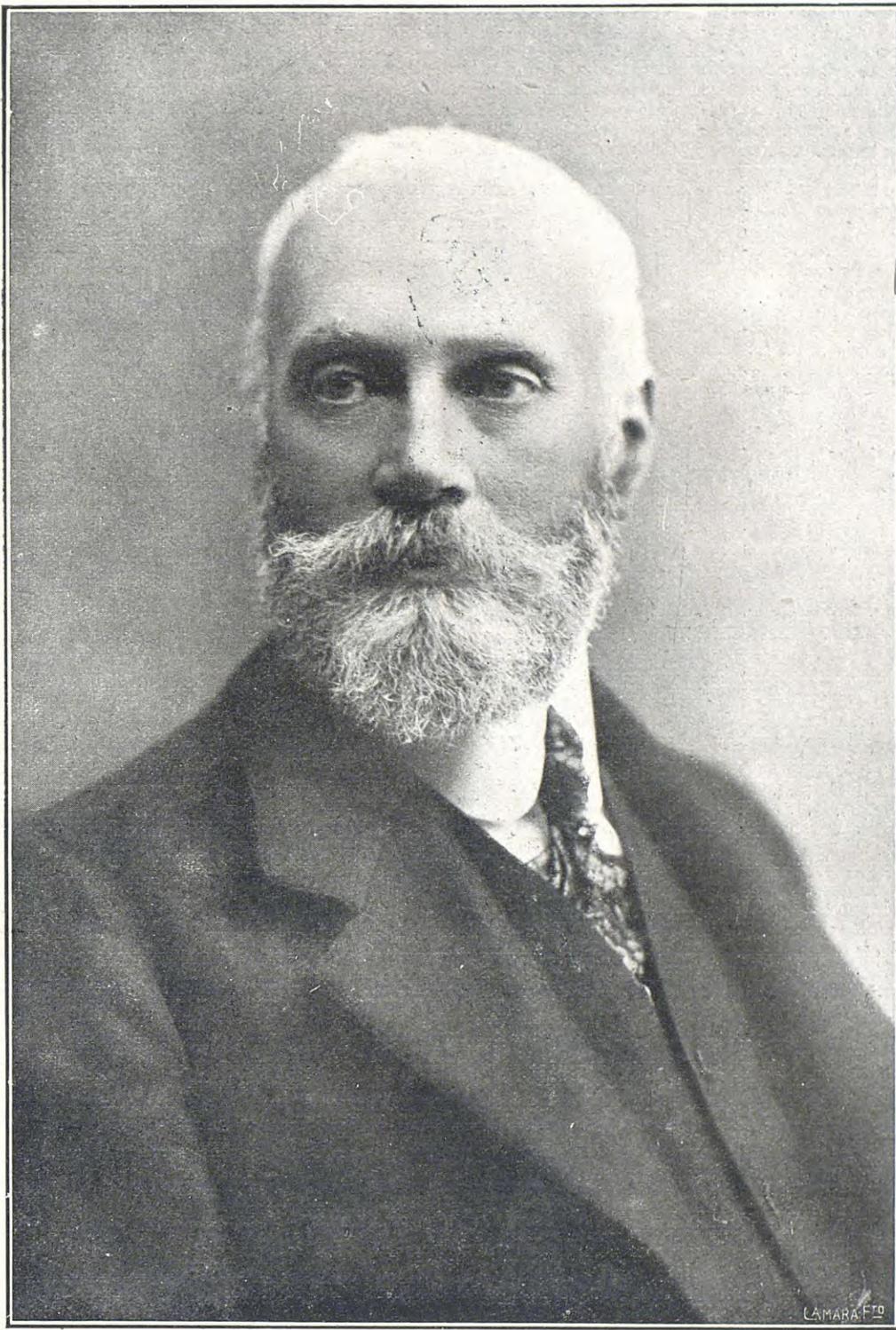
Vuelve a mí, paladín de tu gloria,
las pupilas de azul violeta,
porque brille con sol de victoria
mi radiante laurel de poeta.

Es Amor quien mis versos inspira...
Si en la ruda y galante jornada
es mi noble altivez humillada,
¡callará vergonzosa mi lira!
¡romperé en cien pedazos la espada!

losé MONTERO

EL MUNDO DE LOS SUEÑOS

Capítulo del nuevo libro del insigne escritor D. Armando Palacio Valdés, "Años de juventud del doctor Angélico"



ARMANDO PALACIO VALDÉS

DESDE los veinticinco á los treinta años de edad estuve alojado en un hotel de la calle del Arenal, que aún subsiste. No sé lo que es hoy: en aquella época era una casa de huéspedes confortable y elegante, con mesa redonda á la cual nos sentábamos quince ó veinte comensales, casi todos del sexo masculino. Un general de marina de la escala de reserva, un senador, un catedrático jubilado, un rentista con su señora y un hijo, un anciano médico, un capitán de artillería. Estos éramos los más fijos; los demás, huéspedes que venían por tiempo más ó menos largo.

Como yo era el más joven, y aun puede decirse el único joven, pues el capitán, que era quien más se me acercaba, frisaba ya en los cuarenta, se me trataba por aquellos señores con afectuosa predilección. Podría decir, sin jactancia, que me mimaban un poquito. Joven y periodista, sonaba

para ellos así como calavera, aturdido, enamorado y trasnochador. No lo era yo, por fortuna, pero me embromaban cariñosamente como si lo fuera.

Yo les daba cuenta de los estrenos de los teatros, de las sesiones del Ateneo, de los sucesos de la calle, y alguna vez también les anunciaba con anticipación sucesos políticos que el mismo senador ignoraba. Se me dejaba disparatar con toda libertad, y yo usaba y abusaba de ella delante de aquel venerable areópago lo mismo que si estuviera en la mesa del café de Fornos, entre mis jóvenes camaradas. Aquellos bondadosos señores se limitaban, cuando mi locuacidad subía de punto, á sacudir la cabeza y sonreír con piadosa ironía.

Fué dichosa aquella época de mi vida, ó al menos así se me representa al través de los años. Todavía alguna vez, cuando paso por la

calle del Arenal y levanto los ojos á los balcones de aquel hotel, dejo escapar un suspiro y murmuro con emoción los famosos versos de Espronceda:

¿Dónde volaron, ¡ay!, aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?

Sí; todas las noches me dormía regalado por la música de un piano y un violín. Mi dormitorio tenía una ventana sobre el patio, cubierto de cristales, donde se hallaba establecido un café.

Y mis sueños eran felices también, como mis vigiliass. Sin haber leído nada de los sueños, había logrado en mi juventud cierto dominio sobre ellos. No que llegase á dirigirlos y conservar dormido mi libertad de espíritu, como el ilustre orientalista marqués de Hervey de Saint-Denis, que es quien ha teorizado sobre este asunto;

pero sí lograba muchas veces provocarlos apelando á algunos inocentes artificios.

A primera vista parece asombroso, y aun disparatado, que conservemos dentro del sueño nuestro libre arbitrio. Sin embargo, el esfuerzo tenaz de la voluntad puede llegar á conseguirlo. En el libro curiosísimo del sabio marqués se observa paso á paso cómo se va adquiriendo este dominio.

Inútil es advertir que al buscarlo no me guiaba un fin científico, como á aquél, sino puramente el de huír alguna preocupación enfadosa ó el de experimentar un placer. Mas como todo placer, en este bajo mundo, parece que lleva aparejado un dolor, mi manía de provocar sueños agradables me ocasionó una desagradable aventura, que no resisto á la tentación de narrar puntualmente.

Acaeció que un día llegó al hotel, y se alojó en él por algún tiempo, un matrimonio forastero. Al decir matrimonio no he hablado con suficiente propiedad. No fué un matrimonio, sino la mitad de un matrimonio, la causa de mi aventura. El marido podía haberse quedado en la calle, podía haber permanecido en París, de donde llegaba gestionando sus negocios, podía haber ido á pasar unos días á Sevilla, en el seno de su familia; podía haberse muerto (mucho mejor, por de contado). Todo esto no hubiera producido en mí la más leve emoción. ¡Pero la esposa! ¡Ah, la esposa! Una cosa increíble, una aparición, un milagro. Jamás he visto ni pienso ver en lo que me resta de vida una belleza más esplendorosa. La piel blanca, nacarada; los ojos negros, rasgados, orientales; los cabellos ondeados; alta y majestuosa como una lady; los dientes africanos, los pies asiáticos.

¿Cómo aquel hombrecillo, menudo, calvo, feo y no muy joven, había logrado hacerse dueño de tal portento?, es lo que se preguntó inmediatamente todo el personal del hotel, desde el viejo general de Marina hasta el mozo de comedor.

Pronto se averiguó que la dama era rusa, y su marido andaluz. Desde entonces se la admiró mucho más á ella, y se le despreció mucho más á él. Ignoro por qué, pues la Andalucía es una región española donde abundaron siempre los santos, los héroes y los poetas. Pero es cosa averiguada que en el resto de España se habla demasiado bien de las andaluzas y demasiado mal de los andaluces.

Se hicieron muchos y variados cálculos. Unos pensaban que aquella señora era una nihilista rusa que, perseguida por la Policía, había logrado escapar uniéndose á nuestro compatriota; otros decían que era una artista ecuestre, y su marido un empresario de circo; algunos imaginaban que se trataba de una princesa que viajaba de incógnito, y que aquel hombrecillo no era su marido, sino un criado; por fin, hubo quien llegó á suponer que la dama era una esclava circasiana que el andaluz había logrado substraer del harem de un bajá turco.

Fuese lo que fuese, es lo cierto que nos tenía á todos hechizados, y que se la miraba y se la volvía á mirar y nadie se hartaba de mirarla.

¿Por qué siendo tantos á contemplarla fui yo el único que logró alterar los nervios del marido? Seguramente porque era el más joven. Sin embargo, el capitán lo era también en cierto modo y, además, lo confieso sin falsa modestia, me aventajaba en la figura.

Pero el capitán se había hecho amigo de Bellido (así se llamaba el marido de la rusa) desde el día siguiente de su llegada. Cuando todos nos levantábamos y nos marchábamos á nuestros cuartos, ellos dos solos se quedaban de sobremesa y departían todavía largo rato. Y en esta sobremesa el andaluz se desahogaba en el seno de su nuevo amigo, refiriéndole los mil desabrimientos que experimentaba desde que llegara á España, á causa de la poca educación que aquí había. El infeliz vivía inquieto y sobresaltado. En la calle requebraban descaradamente á su señora, la seguían, la hablaban al oído; en el teatro la enviaban ramilletes de flores; por el correo interior recibía billetes amorosos. Pero si cruzaba por delante de un grupo de albañiles, estos señores no se limitaban á requebrar á su esposa, sino que le injuriaban á él mismo groseramente. Todas estas cosas iban aflojando los lazos que le unían á su patria, y hablaba vagamente de romper con ella de una vez y para

siempre. Así nos lo contaba, riendo, el capitán, cuando el pobre hombre no estaba delante.

Pues, como decía, el marido de aquella singular mujer me espiaba, y apenas podía posar mis ojos sobre ella sin que los de él me clavasen una mirada recelosa. Yo le hurtaba, sin embargo, las vueltas, la devoraba con los ojos y me nutría de sus encantos. Porque los *beefsteaks* y los *ragouts* del hotel allá se iban casi siempre á la cocina sin que yo los tocara.

Tal régimen alimenticio era muy á propósito para quedar enamorado. Lo quedé á los pocos días de un modo inverosímil, y tuve la inocencia de participárselo al capitán, por ser el único huésped con quien todavía se podía departir sobre asuntos de galantería.

Debo confesar, en descargo de mi conciencia, que aquella señora, fuese princesa, esclava ó titiritera, jamás alentó mi pasión amorosa, ni



aun creo que se haya dado cuenta de ella. Era una estatua, era una diosa; se la podían clavar las miradas más rendidas, más inflamadas; las suyas no expresaban más que una tranquila indiferencia.

Entonces me puse á hacer uso de aquellas facultades oníricas de que antes he hablado. Me puse á soñar. He aquí los medios á que apelé para provocar los sueños deseados.

Compré algunas historias y novelas rusas y leía por ellas, una vez metido en la cama por la noche. Mi imaginación con estas lecturas se exaltaba, y yo tenía buen cuidado de prestar á la heroína más simpática de cada novela los rasgos fisonómicos y la figura de la esposa de Bellido. Al mismo tiempo, en el instante en que me ganaba el sueño, llevaba á la nariz un pañuelo empapado en esencia de reseda, que era el perfume que aquella usaba ordinariamente. Con estos sencillos artificios, y con fijar mi pensamiento tenazmente en la hermosa dama, al tiempo de

dormirme lograba, si no siempre, bastantes veces, soñar con ella.

Recuerdo que una vez soñé que me hallaba al servicio de la Policía rusa en Petrogrado. Habiendo tenido la fortuna de descubrir una vasta conspiración de terroristas, logré capturar á alguno de ellos y averigüé que obedecían las órdenes de una condesa muy conocida en la alta sociedad. Me personé una noche en el palacio de esta condesa y la hice detener. Era, como debe suponerse, la hermosa señora de Bellido. Se puso densamente pálida al saber quién era yo y á lo que venía; pero no pronunció una palabra, y se dispuso á seguirme. Tanta hermosura y tanta dignidad me cautivaron. En vez de conducirla á la prisión le facilité la huída. Pero uno de mis compañeros me espiaba. Este compañero, que era un sér perverso y despreciable, tenía el rostro de Bellido. Entonces determiné fugarme con ella. Salimos por la noche bien recatados y nos dirigimos al río, donde yo tenía un bote preparado. Empuñé los remos y bogueé hacia la desembocadura, donde pensaba hallar un buque español que mandaba un marino amigo mío. Este marino no era otro que el viejo general, mi compañero de hotel. Cuando me hallé en medio del Newa me creí salvado. Solté un instante los remos y tomé las manos de la hermosa condesa, que llevé á los labios con una mezcla de respeto, de admiración y de amor, que parecía transportar mi alma al paraíso. Porque todo el mundo habrá observado que nuestra sensibilidad espiritual aumenta notablemente durante el sueño: el amor, la compasión, el miedo, los celos, son mucho más intensos que en la vigilia. Era una noche oscura de primavera. A nuestra izquierda se destacaban apenas las enormes masas del Palacio de Invierno, y á nuestra derecha las Fortificaciones, con su iglesia, que sirve de panteón á la familia de los zares. Yo me sentía enajenado, y me preparaba ya á caer de rodillas delante de la bella conspiradora, cuando acierto á ver entre las sombras el punto negro de otro bote que navegaba rápidamente hacia nosotros; sentí el chapoteo de los remos y escucho una voz que grita: «¡Para!» Era la voz de mi compañero, esto es, de Bellido. En vez de parar, remo con todas mis fuerzas. De nada me valió. El traía cuatro marineros, y en pocos instantes fuimos abordados. Entonces yo, preso de irresistible furor, me arrojé al cuello de Bellido, y ambos caímos al agua. La ira me dió tales fuerzas, que logré estrangularlo y salir después á la superficie. Mas, cuando salí, los marineros se habían apoderado ya de la condesa y bogaban con ella hacia el muelle. ¡Mi dolor, mi desconuelo fueron tan grandes que desperté!

Soñé otra vez que me hallaba agregado á la Embajada española en Petrogrado. Trabé amistad con un príncipe en cierta reunión aristocrática y este príncipe me invitó á visitarle en una de sus tierras que poseía cerca de Moscou. En los días que allí pasé conocí á algunos señores de los contornos, amigos suyos. Entre ellos uno pequeño, calvo y feo... No debo decir más: Bellido. Ver á su esposa y quedar enamorado de ella fué todo uno. ¡ampoco era preciso advertirlo. Ella correspondió á mi amor ¿cómo no? y decidimos fugarnos. El príncipe, que odiaba y despreciaba como se merecía al marido, aunque se fingía su amigo, me facilitó los medios. Puso á mi disposición un trineo con seis caballos. Heme aquí corriendo sobre la nieve al través de la llanura desierta. Pero esta vez, como la otra, también fuimos alcanzados. El cochero del marido era más experto que el nuestro. ¡Deteneos! Viéndoles muy cerca ya, me vuelvo y disparo mi revólver. El cochero de nuestro enemigo cayó muerto del pescante. El coche se detuvo al cabo de unos instantes y pudimos escapar. Pero mi adorado dueño se sintió mal poco después y me dijo sin preámbulos que se moría, que aquella emoción le había roto el corazón. Y, en efecto, tal como lo dijo lo hizo. Me echó los brazos al cuello, me besó apasionadamente y, dándome en aquellos últimos instantes pruebas del más heroico amor, despidiéndose de mí con las palabras más tiernas, expiró en mis brazos como una flor que troncha el vendaval. Entre el cochero y yo levantamos la nieve, abrimos una fosa y la sepultamos. Yo lloraba todas las lágrimas que puede tener un hombre dentro de sí. Al mismo tiempo, sentía un frío tan intenso que pensaba mo-

rir. Este frío me despertó. Se me había caído la ropa de la cama y observé que mi almohada estaba empapada de lágrimas.

Pero no siempre soñaba cosas trágicas y lúgubres. En otra ocasión soñé que me hallaba como espectador en un circo, en la primera fila de sillas tocando con la pista. Después de unos gimnastas que trabajaron en la barra fija, apareció una amazona montando un caballo amaestrado. Era mi bella rusa. ¡Qué cambios elegantes!, ¡qué saltos!, ¡qué primores! El público se mostraba entusiasmado (bien se echa de ver que era un sueño, porque jamás le vi entusiasmado en tales ocasiones) y aplaudía frenéticamente. Pero ella no tenía ojos más que para mí. Cada vez que pasaba delante de mí me dedicaba una sonrisa divina. Los espectadores me miraban con curiosidad y envidia. Yo me hallaba en el séptimo cielo. Por fin, al terminar su trabajo la hermosa amazona se apeó de un salto y vino sonriente hacia mí tendiéndome una mano. Yo se la besé con transporte y ella me dió un beso en la frente. El público rompió en un aplauso estrepitoso... Y desperté.

¿Por qué cada vez que soñaba con su esposa me dirigía Bellido en la mesa tan agresivas y feroces miradas? Sencillemente, porque el capitán de artillería era un traidor, que le narraba punto por punto mi sueño, pues ya creo haber dicho que tenía la inocencia de contárselos. Era un sér perverso que se gozaba en tostar sobre la parrilla al desdichado andaluz.

Mi último y definitivo sueño en aquella temporada fué como sigue:

Yo era un rico comerciante musulmán que habitaba la ciudad de Kabul en el Afganistán. Una tarde fuí al mercado de esclavos y compré por algunas piastras una hermosísima circasiana, que

no necesito decir quién era. En pocos días quedé subyugado por los encantos de aquella mujer; rendido á sus pies hasta el punto de hacerla mi favorita y mi primera esposa, pues era polígamo y confieso que no sentía por ello gran repugnancia. Pero he aquí que al poco tiempo se esparció por la ciudad la fama de la hermosura de mi esclava, aunque yo tenía cuidado de mantenerla encerrada, y que llega á los oídos del emir. Era este emir el hombre más lúbrico de todo su Imperio. No tardó en presentarse en mi casa con pretexto de hacerme una visita, pues éramos amigos. Yo me eché á temblar. Se parecía á Bellido como un huevo á otro, y esta circunstancia aumentaba mi aversión infinitamente. Le convidé, le agasajé, me mostré con él humilde y servil hasta un grado indecible, todo por amor de mi esclava. No me valió de nada. Cuando nos hallábamos tomando café, me dijo de pronto:

—Enséñame tus mujeres.
—¡Oh!, no tienen valor alguno comparadas con las tuyas, poderoso señor.

—Quiero verlas—respondió secamente.
—Ya sabes, muy poderoso señor, que los creyentes debemos guardar nuestras mujeres de las miradas de los hombres.

—Quiero verlas—replicó en tono imperioso.
No hubo remedio; le mostré todas mis mujeres, claro está, salvo una.

—¿No tienes ninguna otra?—me preguntó mirándome fija y severamente.

—Ninguna otra, alto y poderoso señor.
—Repara bien lo que dices porque va en ello tu cabeza—profirió mirándome con más severidad aún.

Ahora bien, yo siempre tuve extraordinaria afición á mi cabeza lo mismo soñando que despierto. Así que caí á sus pies diciendo:

—Perdón, señor: tengo, además, una esclava circasiana.

Me ordenó mostrársela, le pareció muy bien, como era natural, y me obligó á enviársela al palacio.

Heme aquí desesperado y respirando atroces deseos de venganza por todos los poros de mi cuerpo. Realizo mis riquezas y me voy al Turkestán. Allí entro en relación con el general-gobernador ruso, le convengo de que debe atacar al emir y me confía el mando de la expedición. Después de una batalla sangrienta en que las huestes del emir fueron derrotadas, logro entrar en Kabul, me apodero del palacio, rescato á mi bella circasiana y hago prisionero al tirano. Entonces yo, que había adoptado las feroces costumbres de los rusos, le hago azotar en uno de los patios del palacio. Mi esposa favorita y yo contemplábamos desde una terraza tan agradable operación. Por cierto que los gritos del infeliz Bellido la hacían reír á carcajadas, mostrando al hacerlo los dientes nacarados de su boca, que me tenía enloquecido.

Por la mañana almorcé mano á mano con el capitán y le conté este sueño. Por la noche, á la hora de la comida, Bellido me clavó una mirada tan agresiva, que me dejó desconcertado. Nos pusimos á comer y sus ojos encarnizados, cargados de odio, apenas se apartaban de mí. Comprendí que se acercaba la catástrofe y me resolví de una vez á precipitarla y hacerla frente. Clavé mis ojos descaradamente en la bella rusa y mantuve la mirada sobre ella con osadía. De pronto Bellido me interpela alzando enérgicamente la voz:

—¿Qué es lo que usted mira?
La sangre se me agolpó á la cabeza y contesto:

—Miro lo que se me antoja.

—¡Es usted un joven bien insolente!

—¡Y usted un viejo mamarracho!

Ambos nos alzamos de la silla y quisimos arrojarlos el uno sobre el otro. Pero á él le reventaron algunas manos y á mí también.

Reinó un silencio angustioso en el comedor. La comida prosiguió y, en vez de la conversación general que solía entablarse, cada cual hablaba con su vecino. Cuando hubo terminado, Bellido salió el primero con su esposa y algunos le siguieron. Pero quedamos otros pocos y se hicieron comentarios. El viejo general de Marina los resumió diciendo gravemente:

—Desgraciadamente, esto se arreglará con algunos sablazos.

—¡Cuanto primero mejor!—exclamé yo encolerizado.

Pero aguardé en mi cuarto hasta las diez esperando la visita de sus amigos y nadie pareció. A la mañana siguiente ni por la tarde, tampoco. Por la noche se presentó en el comedor como si no hubiera pasado nada.

Así se pasaron algunos días sin que yo, por delicadeza, intentase mirar de nuevo á la bella rusa, cuando una noche, después de comer y estando en mi cuarto preparándome para salir, oigo llamar con la mano en mi puerta.

—Adelante.
Se abre la puerta y aparece Bellido. Yo dí un paso atrás y dirigí una mirada codiciosa á la mesa de noche donde tenía el revólver.

Pero Bellido sonreía dulcemente y me dió las buenas noches humilde y ruborizado.

—Siento mucho molestar al señor Jiménez...
Nada, nada, el señor Jiménez no sentía molestia alguna.

—El caso es que hoy debía girarme mi representante de Barcelona cinco mil pesetas y la carta no ha llegado, no sé por qué, quizá debido al mal estado de las vías con motivo de las recientes inundaciones. Y como me encontré de pronto sin dinero, me dije: «Tal vez el señor Jiménez tendrá la amabilidad de prestarme cincuenta pesetas hasta mañana ó pasado, si no le sirve de molestia...»

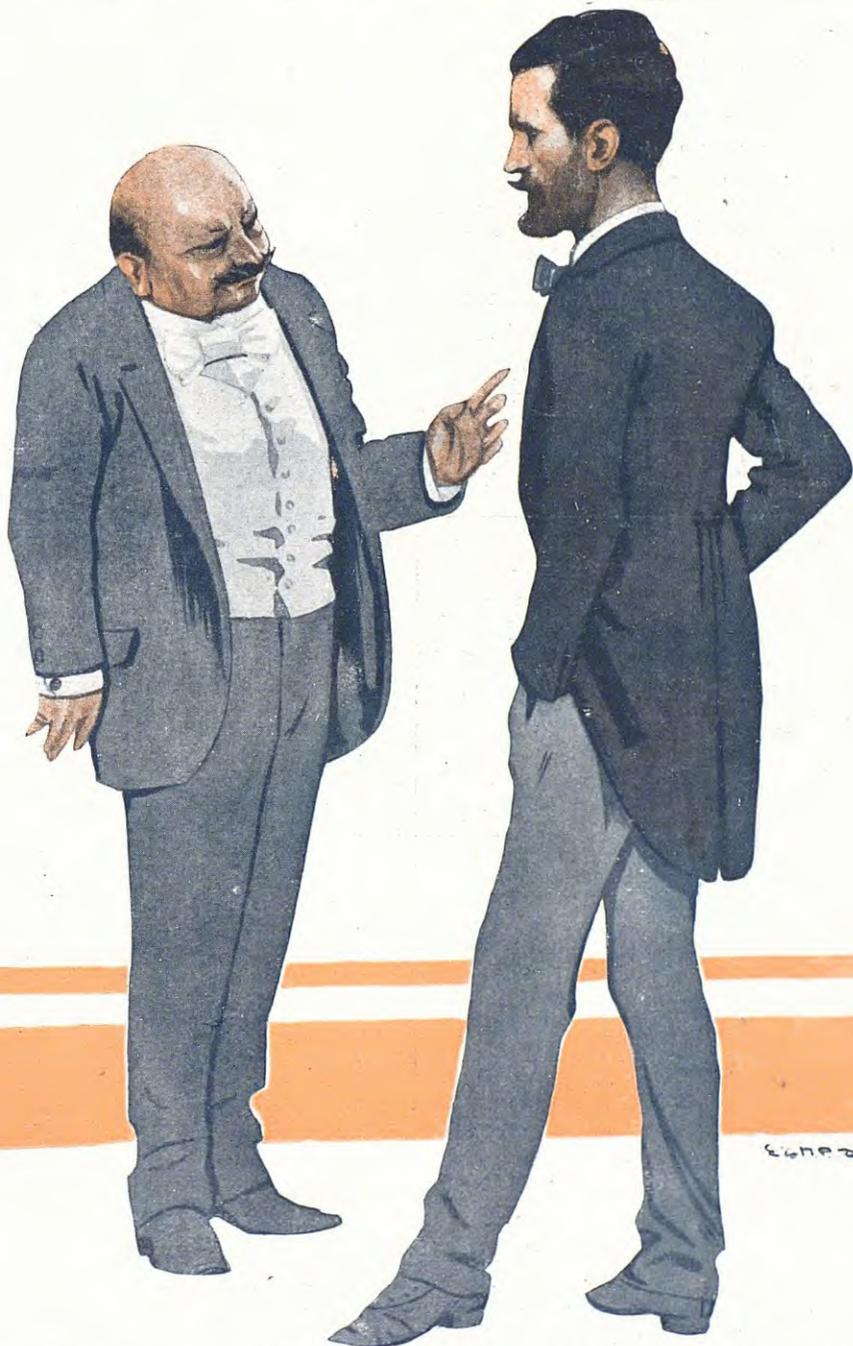
El señor Jiménez, sorprendido y edificado, no vaciló en desprenderse de aquellas pesetas que resolvían de modo tan cómico una espeluznante tragedia. Bellido se partió deshaciéndose en gracias y contorsiones.

Pero al día siguiente en la mesa volvió á mostrarse grave y ceñudo como si no me conociese. Entonces yo no pude resistir á la tentación de contar el lance á los pocos comensales que nos quedábamos siempre algunos instantes de sobremesa. Se rió mucho el paso y se hicieron comentarios muy picantes. El viejo general volvió á resumirlos diciendo gravemente.

—Ya le había anunciado á usted, Jiménez, que esto pararía en algunos sablazos.

A. PALACIO VALDÉS

DIBUJOS DE ECHEA



ARTE DECORATIVO
UN CONCURSO DE CARTELES



"Fortunato", original de Federico Ribas
(Carteles que han obtenido los premios primero, segundo y tercero, respectivamente, en el Concurso del Círculo de Bellas Artes)



"Thais", original de Carlos Verger



"Ofrenda", original de Pascual Capuz

VICTORIO Pica, el ilustre crítico italiano que en su obra *Attraverso gli albi e le cartelle* estudia y comenta muy acertadamente á los dibujantes decoradores é ilustradores de todo el mundo, dice en el tomo de la primera serie lo siguiente:

«Invero i cartelloni spagnoli posseggono una originalità tutta propria, che c'interessa e ci seduce di prima occhiata, e, se talvolta il nostro buen gusto alquanto raffinato rimane ofeso dalla grande copia di nastri svolazzanti, di stemmi, di festoni, di fiori, di angioli che suonano la tromba della fama e da una sovrabbondanza inutile e fastidiosa di particolari decorativi di un convencionalismo eccessivamente volgare, non possiamo, d'altra parte, fare a meno di ammirare l'efficace realismo rappresentativo con cui i vari

episodi, ora teatralmente pittoreschi, ora tragicamente emozionanti, di una *corrida* vi sono evocati.»

Y como demostración gráfica de estas afirmaciones, Pica reproduce varios de esos horriblos cartelones taurinos que Roberto Domingo no ha sabido librar del tufo de plebeyez grosera y rufianería canallesca, características de semejantes engendros litografiados en talleres valencianos y catalanes.

Realmente, el arte del cartel en España, salvo unas simpáticas tentativas de ciertos pintores y dibujantes barceloneses, se limitaba á propagar la embrutecedora barbarie de las corridas de toros y á popularizar más aún los jayanes del coño.

Después de las reproducciones de carteles franceses, ingleses, alemanes, italianos, rusos,

holandeses, suecos, yanquis que hablan de exposiciones, bibliotecas, fábricas y productos industriales, Victorio Pica se ve obligado á reproducir los españoles que anuncian corridas de toros nada más.

Hay, no obstante, algunos que no se refieren al villano espectáculo. Son los de Rusiñol, Casas y Riquer. Pero los de Rusiñol se parecen demasiado á los de Grasset, los de Casas á los de Helleu, los de Riquer á los de Mucha.

Es un mal comienzo este que inicia el arte del cartel en España por los años de 1899 á 1902. Y, sin embargo, menos de quince años han sido suficientes para que podamos hoy día enorgulcernos de un grupo considerable de cartelistas capaces de retar á los extranjeros. Si hoy hiciera Victorio Pica un nuevo estudio del cartelismo



"K. T. Q. C. D. O.", original de Agustín López
(Carteles que han obtenido los premios primero, segundo y tercero, respectivamente, en el Concurso del Baile de Niños organizado por el Círculo de Bellas Artes)



"Minaé", original de Enrique Yarela de Seijas



"Bombón", original de Antonio Tenreiro



"Centauro", original de Fernando Villodas



"Muecas", original de Manuel Bujados



"Vaeh", original de Salvador Bartolozzi



"Toy", original de los señores Antequera y Velasco

español, sería muy otro su juicio que en 1903 y, desde luego, las bárbaras chilloneras de los carteles taurinos dejarían de ser documentos demostrativos del mal gusto y de la inconsciencia estética.

El Concurso anual del Círculo de Bellas Artes para premiar el mejor cartel anunciador de su baile de máscaras, señala muy expresivamente la evolución del cartelismo español. Imaginativamente recordamos las cosas que se premiaban hace doce ó eatorce años, los ensayos que obtenían recompensa hace seis ú ocho, y al comparar unos y otros con el Concurso actual, hallamos una diferencia ascendente.

Y esto que decimos de los concursos del Círculo, restringido el asunto, limitadas las facultades imaginativas de los artistas á la representación de un tema único, puede repetirse con idéntico y sólido optimismo á través de otros concursos de muy diversa índole: desde aquellos anunciadores de una bebida espirituosa ó de una marca de alcohol, hasta el recientísimo de unos neumáticos, pasando por los de un chocolate y los de una clase de jabones.

En el salón del Círculo de Bellas Artes se han expuesto los seis carteles premiados y unos cuantos carteles seleccionados entre los ochenta que se han presentado á los dos concursos.

Era el uno para anunciar el baile de máscaras del Teatro Real, y á él podían concurrir todos los artistas españoles. Era el segundo para anunciar el baile de niños en el Teatro de la Comedia, y á él solamente podían presentar obras los socios del Círculo.

Algo se ha ganado desde el año anterior, ya que se amplió á todos los dibujantes y pintores el derecho que antes sólo se concedía á los socios artistas. Pero aún queda por modificar las bases del Concurso señalando dos clases de tamaños: uno para el cartel «de calle» que obtenga el primer premio, y otro para las invitaciones, que lógicamente es un absurdo presentar en unas dimensiones de cerca de dos metros para reducirle después á unos cuantos centímetros. No se trata ya del tamaño, se trata de la técnica, del dibujo, del colorido, de la composición que, por razón natural, varían mucho según se refiera á un verdadero cartel ó de una ilustración editorial.

Hubiera, incluso, facilitado la exhibición de originales que ahora ha tenido que hacerse divi-

diéndoles tácitamente en carteles de primera y de segunda categoría, ya que las proporciones y el número de ellos no consentían otro medio de exponerlos. Sin embargo, bastaba con exponer únicamente la primera tanda de ellos. No podemos celebrar el fallo del Jurado, pero sí elogiamos su selección de originales. Excepto dos ó tres carteles que no merecían tal honor, el resto ha sido bien escogido.

En el Concurso de carteles del Baile de máscaras han obtenido los tres premios de 1.000 pesetas, 600 pesetas y 400 pesetas, respectivamente, Federico Ribas, Carlos Verger y Pascual Capuz; en el del Baile de niños las recompensas de iguales cantidades se han otorgado á Agustín López, Enrique Varela de Seijas y Antonio Tenreiro.

El fallo no ha satisfecho á nadie. Es una lamentable equivocación.

Ribas, que es un admirable dibujante y por el cual sentimos una entusiasta estimación artística, ha compuesto un bello cartel digno de ser premiado en tercer lugar, después de otorgar el primero y el segundo premio á los carteles titulados *Maruja* y *Centauro*, originales de Penagos y de Villodas, respectivamente.

El cartel del señor Capuz es una obra vulgarcita, discretita y confusa. En cuanto al cartel del señor Verger, presidente de la sección de Grabado, hasta pocos días antes del fallo, es absolutamente inadmisibles. Hace quince ó veinte

años podía otorgársele á una obra de ese género equivocado todo lo más. Concederle un segundo premio en una Exposición como la actual, es ejemplo dolorosísimo para los artistas que tienen verdaderas condiciones de cartelista.

No menos erróneo ha sido el otro fallo de los carteles de niños. A nuestro modo de ver, el cartel mejor resuelto para «gritar» desde la calle, es el titulado *Toy*, y original, según parece, de los señores Antequera Azpíri y Velasco. Es de gran riqueza cromática, sabiamente estilizado y muy graciosamente infantil de composición.

Inmediatamente después se destaca el cartel de Agustín López, que es bello y original, pero un poco tímido para la calle. Es, no obstante, uno de los mejores que ha hecho el notable artista, y uno de los más interesantes de la Exposición.

En tercer lugar hubiéramos recompensado el de Rafael Penagos, que lleva por lema *Van Dyck*. Es un prodigio de sencillez, de sobriedad y, sobre todo, muy español, el único español de todo el Concurso. Ratifica una vez más el irreprochable buen gusto de él, la cualidad que en arte alcanzan solamente muy pocos y que señala la alta aristocracia estética de Penagos.

Su triunfo, más allá del fallo del Jurado, en esta Exposición donde tanta obra notable hay y donde se manifiesta la definitiva y laudable orientación de los cartelistas españoles, significa una verdadera consagración.

Rápidamente el gran dibujante ha conquistado el derecho á ser considerado como el primero de cuantos cultivan con fortuna este género de pintura decorativa. Nos dolía verle desilusionado, indiferente, desdeñoso en los últimos concursos. No le escatimamos las censuras por este motivo el año anterior.

Y, de pronto, el maestro del cartel moderno en España presenta esas tres figuras del cartel *Maruja* que son sencillamente admirables.

Después de los aciertos de Penagos deben citarse *Centauro*, de Villodas; *Vaeh* y *Carnaval*, de Bartolozzi, que tienen su distinción y originalidad peculiares; *Muecas*, de Manuel Bujados; y los titulados *Bombón*, de Tenreiro; *En noche de fiesta*, *Noctámbulos*, *Magda* y *Pelele*, cuyos autores ignoramos y de entre los cuales spongo habrán de elegirse algunos para los premios de «consolación» y «reparación» que ha propuesto muy justamente el secretario del Círculo de Bellas Artes, José Pinazo Martínez.

SILVIO LAGO

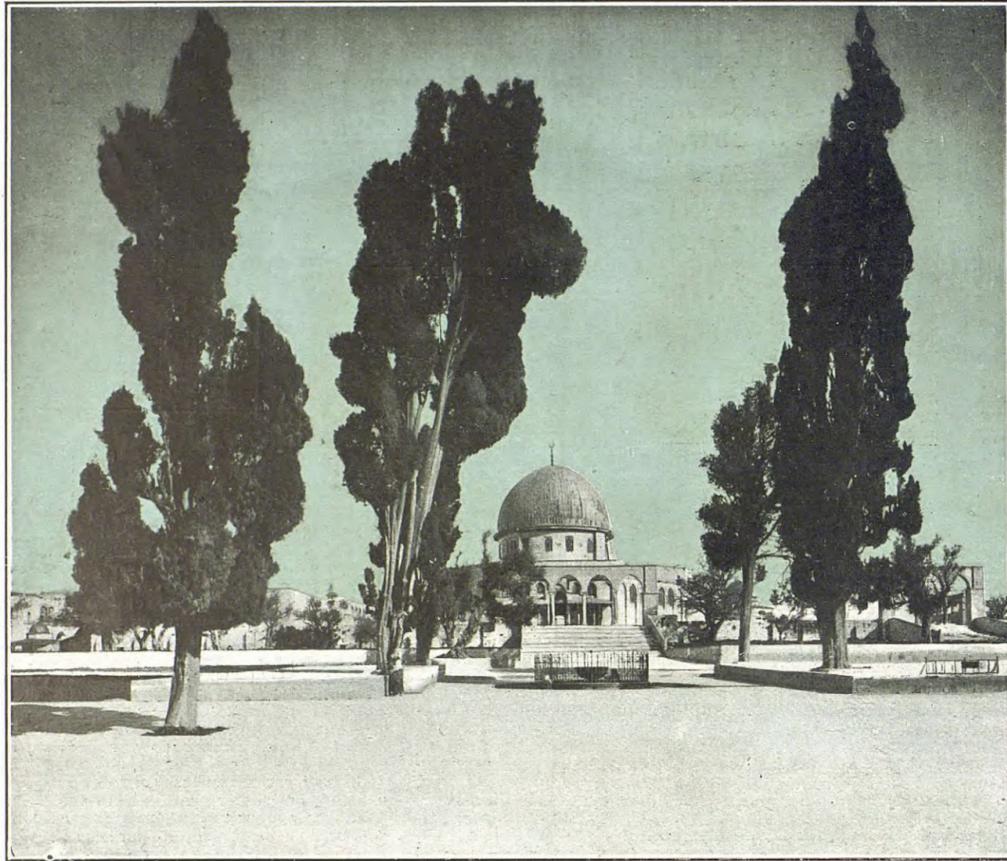


"Maruja"



"Van Dyck"

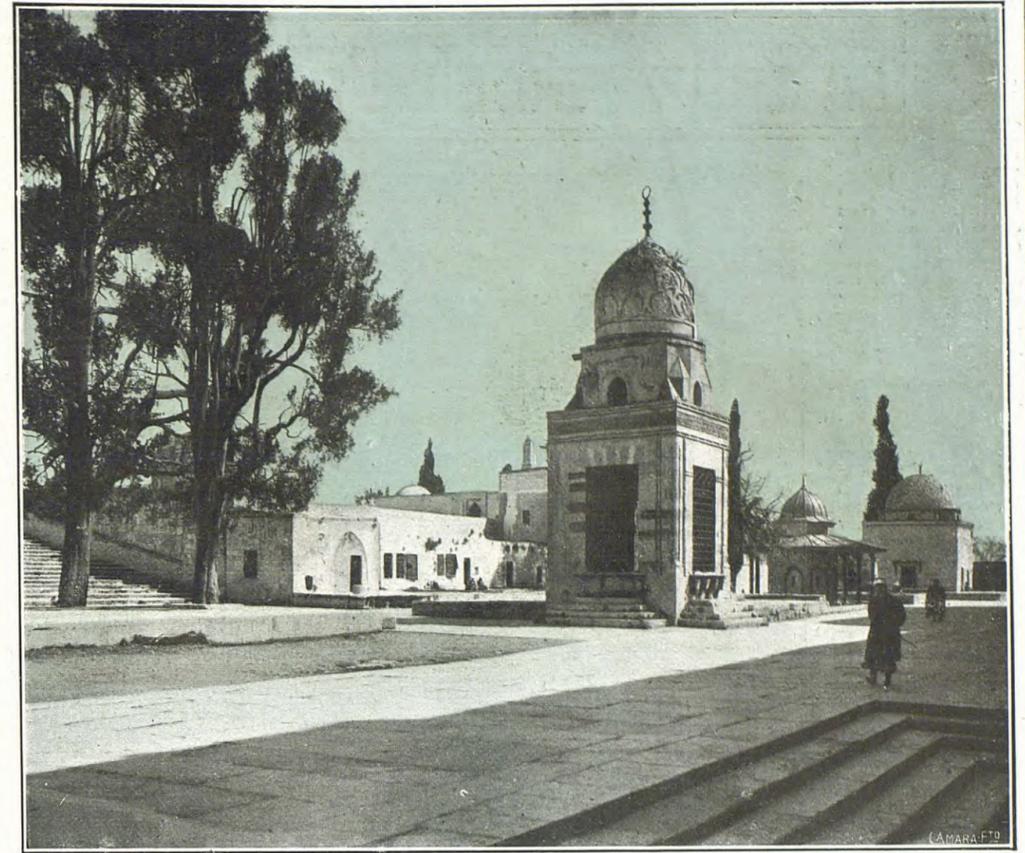
Carteles originales de Rafael de Penagos



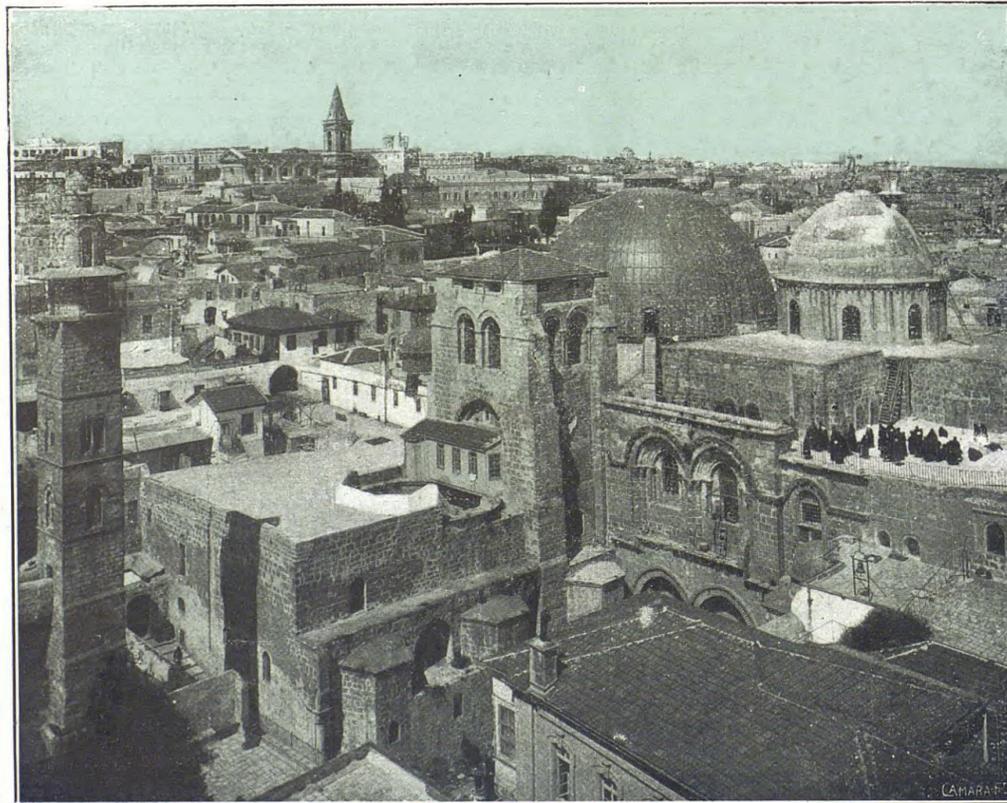
La mezquita de Omar, sobre el probable emplazamiento del templo de Salomón



La tumba de Absalón



Un oratorio próximo á la mezquita de Omar, en Jerusalén



Cúpulas de la iglesia del Santo Sepulcro y terrazas de los conventos



Vista general del barrio judío de Jerusalén

Las tropas británicas han ocupado Jerusalén. En la Ciudad Santa, donde en todo momento debieran escucharse rumores de oración y voces de cantos litúrgicos, ha sonado el estruendo de las armas, con su lúgubre repercusión de carros, fusiles y cañones. Un ejército vencedor ha rasgado el espacio con sus gritos de triunfo, y allí, donde la tierra debiera sustentar únicamente apacibles haces de olivos y palmeras, símbolo de la concordia entre los hombres, flamean las banderas de guerra, de la más espantosa guerra de todos los tiempos.

Arrancado el dominio de Jerusalén por Inglaterra de manos de los turcos, ¿cuál será ahora el porvenir de la Ciudad Santa? La pregunta ha corrido por los pueblos cristianos, de periódico en periódico, conmoviendo todos los corazones. Y acaso no ha tenido aún una contestación categórica y firme, y tampoco pueda ahora tenerla, porque la contienda en que están enzarzadas las más poderosas naciones de Europa no da lugar a los cálculos para el porvenir. Pero, de cualquier modo, el mundo católico ha concedido á la conquista de Jerusalén la debida importancia, prescindiendo del interés militar. Porque, sobre todas las cosas, para los espíritus cristianos, la más noble aspiración, el supremo deseo, es que la paz se restablezca, y que sobre la tierra suenen de nuevo, con ecos inmortales, las divinas palabras que quicieran á los hombres y pacíficos á todos los humanos.

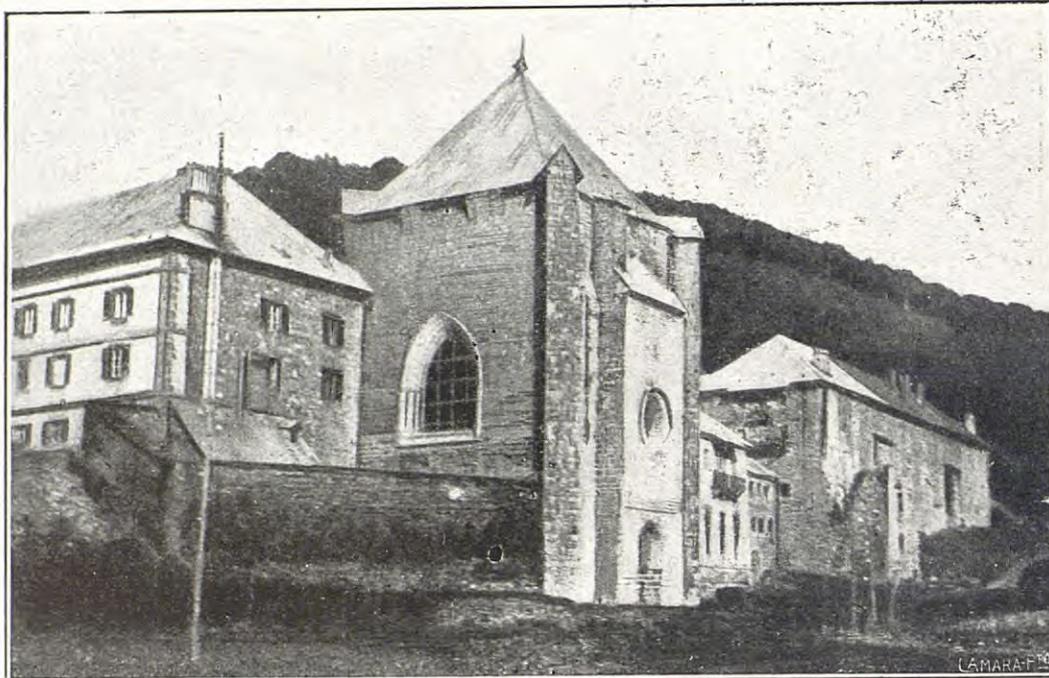
Jerusalén es todavía, á pesar de la inconstancia de los tiempos, una ciudad de monjes y sacerdotes, que se sostienen á costa de las sectas respectivas. La industria y el comercio tienen aún escasas manifestaciones como si fuera una sagrada obligación mantener aquel suelo lo más alejado posible del tráfico mundanal. Hasta entre los judíos son pocos los que se dedican á los negocios comerciales. Esto es causa de que Jerusalén no tenga el aspecto de actividad y de movimiento que tienen otras poblaciones, aun en el mismo Oriente.

El reino de Jerusalén fué creado después que los cruzados tomaron la ciudad, en 1099. De él eran vasallos los condes de Trípoli y de Edesa, los príncipes de Tiberíades y algunos otros. En 1187 fué restablecido el culto musulmán, y hacia 1244 hicieron suya Jerusalén los mongoles. En 1517, después de la guerra de Egipto. Años más tarde, en 1299, la ocupó por algún tiempo la orden de los Hospitalarios, y andando el tiempo, en 1517, pasó á formar parte del Imperio otomano. Llevada la guerra á tierras orientales, los ejércitos de Inglaterra se han apoderado de la Ciudad Santa, desarraigando un dominio que parecía secular. La paz y el silencio que reinaban en los santos lugares de aquella tierra se han visto turbados con la llegada de un ejército vencedor.

MONJES Y SOLDADOS LA CRUZ VERDE DE RONCESVALLES

La ociosidad y el deseo de huir de las gentes gregarias que se someten á la incomodidad y expolios del veraneo en las grandes ciudades, en los balnearios famosos y en los puertecillos con más garras y uñas que algas y mariscos, nos llevaron hacia los apacibles valles y las empinadas laderas de los Pirineos navarros, solar de la raza, archivo del pasado y escuela del porvenir. Queríamos seguir el camino por donde Carlo Magno retrocediera á Francia, esperar que reapareciera la Cruz Verde de sus monjes-soldados de Ibañeta, contemplar la garganta estrecha de Roncesvalles, imaginarnos la matanza y admirar el espanto de los grandes paladines Roldán y Oliveros, el conde Anselmo y el maestresala Eginartha, el arzobispo Turpin y tantos otros valerosos caballeros á quienes la muerte consoló de la derrota. Queríamos, en fin, seguir la ruta que San Eulogio traza en aquella carta que escribe desde Córdoba al obispo de Pamplona: «Saludad—dice—á Fortuño, abad del monasterio de Leire, con todo su colegio; á Odoario, abad del monasterio Cisariense—¡oh, aquel monasterio de San Zacarías, con ciento cincuenta monjes!—, con todo su escuadrón; á Gimeno, abad del monasterio de Igal, con todo su colegio; á Dadilano, abad del monasterio de Urdaspal, con todo su colegio...» Queríamos seguir el itinerario de los peregrinos que venían de toda Europa á Santiago de Galicia, para quienes tocaba toda la noche la campana del convento y hospital de Roncesvalles.

Acaso, par á par de la emoción de este ensueño histórico no hay otro en todo el terrazgo de la patria, sino el montaraz y bravío de Covadonga. Son como dos engarces en que queda



Vista del hospital y de la capilla de San Agustín

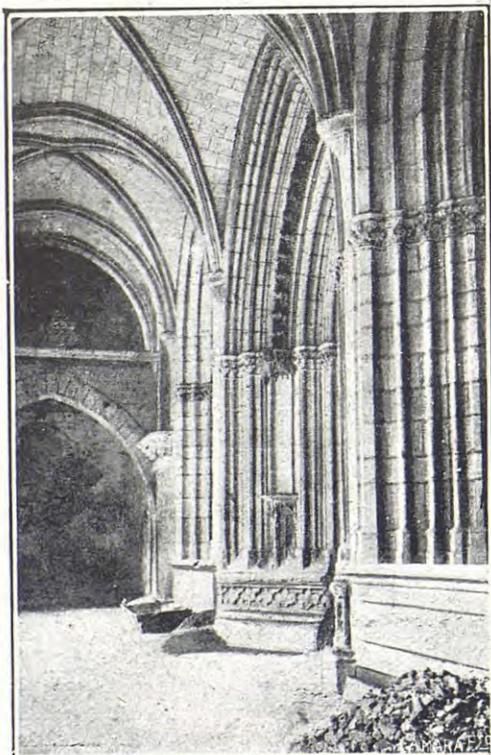
como los cien mil hijos de San Luis. Porque la realidad española es que nuestras fronteras están abiertas á toda codicia.

Con tal pensamiento, no es una estéril sensación del pasado la que recibimos recorriendo estos lugares donde nada respetó el tiempo y donde nada cuidó la desidia y la ignorancia de los hombres, sino, más bien un hondo temor del porvenir. Ciertamente, que hoy, resurrexó el ejército de Carlo Magno, no se aventuraria á entrar ni salir por donde lo hiciera. Está Roncesvalles al comienzo de la suave subida al puerto de Ibañeta, desde donde va el camino á Francia en rápida pendiente, descendiendo por la angosta garganta que en dos leguas de extensión forman montañas

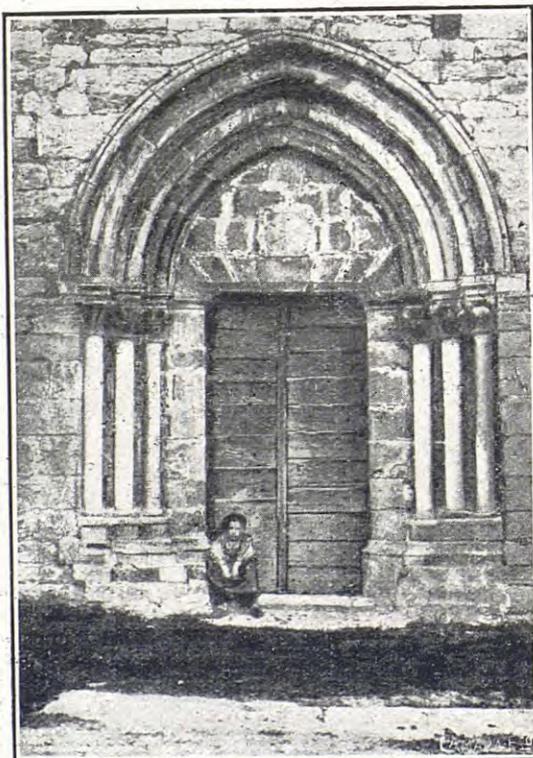
gigantescas. Se concibe que este paso estratégico estuviese guardado, antes de la invención de la pólvora, por una Orden militar, por hombres de fe y de valor, profesionales del ejercicio del rezo y de las armas, que en un momento de peligro, sirvieran de capitanes á las gentes del pueblo, alzadas en guerra. Así, la Cruz Verde de esa Orden militar, la más antigua de España, Orden estérilmente extinguida, aun siendo de invención gala, representa y simboliza en los Pirineos, la idea de nuestra independencia. En derredor de ella, surge un mundo asombroso de poderío. San Eulogio lo define bien en su breve recuerdo á los cuatro monasterios de Leire, Igal y Urdaspal con sus colegios, y de San Zacarías, «con todo su escuadrón...» ¡Su escuadrón de ciento cincuenta monjes-caballeros, ilustrísima milicia de la Orden de Roncesvalles, en la que, según nos dice áquel sabio don Martín de Azpilicueta, que fué asombro en Trento y en Tolosa y que conoció el mundo con el so-

prendida toda la significación de nuestra nacionalidad; su integridad y su independencia, porque, quién sabe de qué color serían las banderas que cubrieran hoy mismo las tierras desde Francia al Ebro, sin la matanza de Roncesvalles, habiendo llegado Carlo Magno hasta Zaragoza y, habiendo intervenido en las luchas civiles de sus moros y habiendo quitado allí y puesto rey á su gusto, y habiendo desmantelado las murallas de Pamplona y adiestrado á sus capitanes en tierra española á encontrar en las sacristías cálices de oro con brillantes y esmeraldas y en las aldeas mozas garridas y en los campos pródigo sustento...

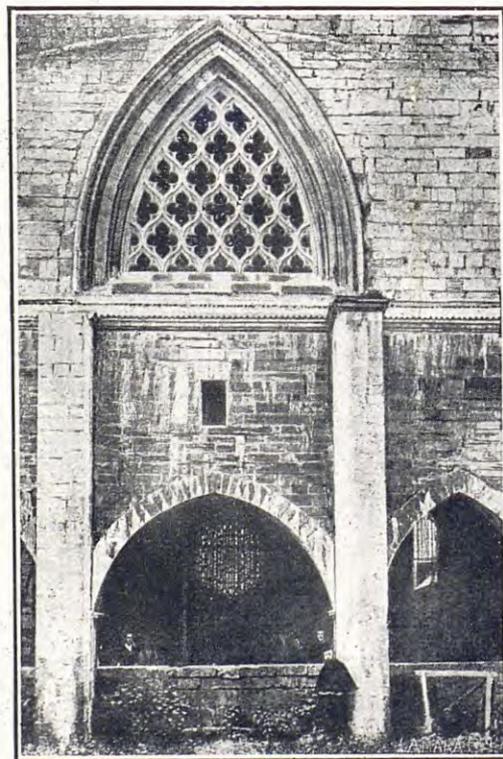
Así, acaso, el problema será el mismo en cualquier azar de los tiempos, y andando los años tendrán que volver los bravíos vasco-navarros á escalar las montañas de Altoviscar, para exterminar á unos ejércitos que querrán invadir la Península ó salir de ella, como las tropas de Carlo Magno, como los soldados de Napoleón ó



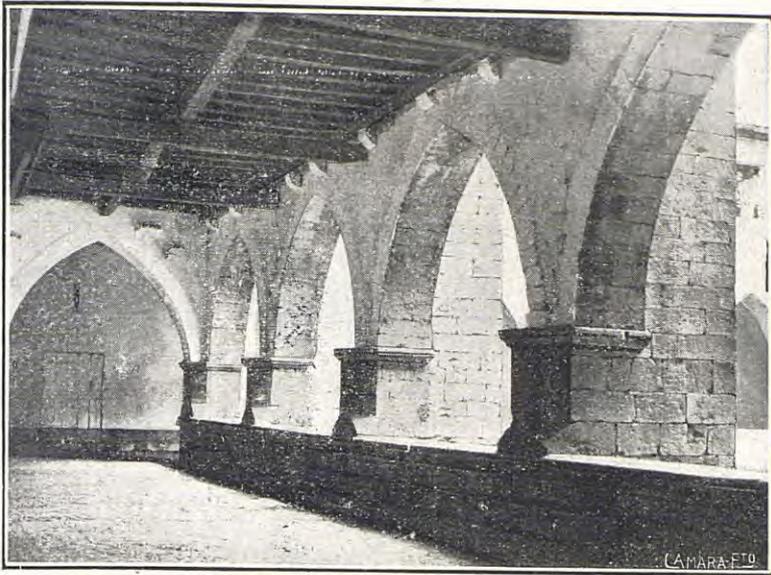
Detalle del claustro



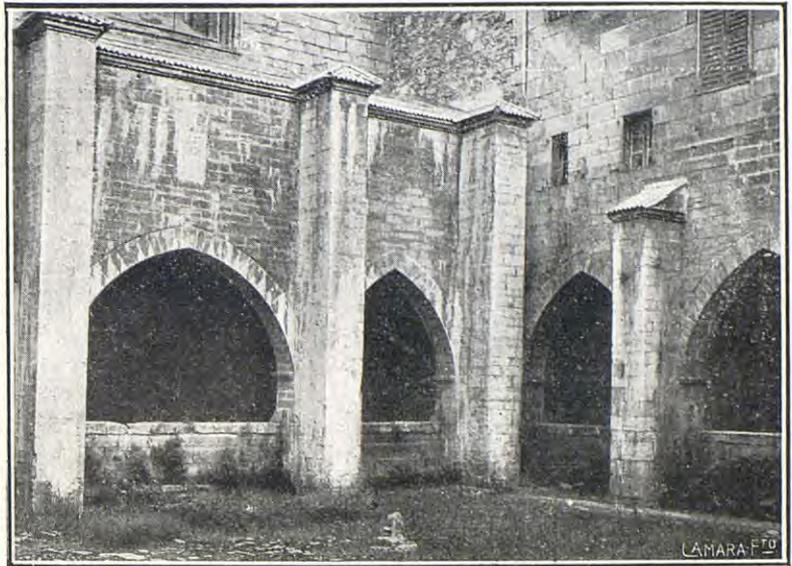
Antigua puerta de la iglesia de Santiago



Fachada de la iglesia de San Agustín



Claustro de la Colegiata



Patio de la Colegiata

brenombre del Doctor Navarro: «jamás hubo persona de sangre infecta!»

¿Podría ser mayor el imperio de muchos reyes? Se acumulan allí las riquezas. Unos incendios y la guerra de religión borran el derecho y la memoria sobre extensos dominios que el convento de Roncesvalles tenía en Alemania y en Italia, pero aún queda la prueba de los bienes que posee en Inglaterra: encomienda, hospitales, casas, posesiones y rentas en Caringrasso, Corturbel y Oxonia. En Londres una calle larga que lleva el nombre de Nuestra Señora de Roncesvalles le pertenece entera. Sobre las puertas de todas las casas está la insignia de la Orden navarra, y una iglesia que hay al final tiene en su pórtico tres cruces de Roncesvalles.

Queda la prueba en los bienes que posee en Francia: en el condado de Foix, en Montpellier, en Tolosa, en Ancurbe, en la Rochela, en toda la provincia de Poytou, en Burdeos, en el Bearne, en Bayona, en Bonlau en cien lugares más tiene encomiendas, capella-



Sepulcro nuevo de Sancho "el Fuerte"

nías y fincas, cobrando diezmos y gozando fueros en muchos de ellos. Queda la prueba de los bienes que posee en Portugal: la encomienda de Luimil á cuatro leguas de Ciudad Rodrigo, con facultad de recaudar donativos en todo el reino.

Queda la prueba de los bienes que posee en Castilla: pueblos enteros con jurisdicción civil y criminal, mero y mixto imperio, donde Roncesvalles nombraba alcaldes, regidores y escribanos, rentas sobre salinas y privilegio para que sus ganados pastasen libremente en todo el reino.

Queda la prueba de los bienes que poseía en Andalucía: en San Clemente casas, molinos, olivares y huertas; cuatro mesones y varias casas en Sevilla; haciendas en Utrera, Torquemada, Ecija y Jaén, donado todo ello por Alfonso el Sabio.

Queda la prueba de los bienes que poseía en Aragón: villas y castillos, molinos y casas, campos y montes, excepción de tributos y libertad para sus ganados en Tauste, Bolea, Zaragoza, Ansó, Huesca, Egea, Almunia, Sos y otros lugares. Se extienden, además, las riquezas de Roncesvalles á Valencia, Murcia, Cataluña, Mallorca y Guipúzcoa, y luego á Navarra, su propio solar, donde no hay espacio sin las insignias de la Orden.

¿Qué se hizo esta asombrosa opulencia? Ya no vienen peregrinos á Santiago de Compostela; ya los apacibles pastores de la región; ni caballeros armados de reluciente acero, ni trajinantes con sus bestias cargadas de púrpuras y sederías, ni enfermos abatidos en busca de su hospital. Cada año la trágica procesión que surge á media noche del fondo del valle de Arce y recorriendo

pueblecillos llega al puerto de Lussarreta para arribar á Roncesvalles con los encapuchados de las veintiuna parroquias, cargados con cruces enormes, sangrando los pies desnudos, turba aquel silencio solemne.

Como de las tropas de Carlo Magno y de las glorias de Roldán y Oliveros, de Eginhartho el maestresala y Turpin el arzobispo, nada queda de los monjes-soldados que llevaron la Cruz Verde de la primera Orden de Caballería que hubo en España...

Estos edificios, ni grandes, ni bellos, ni ricos, estas piedras derruidas, esta cruz de los peregrinos, estas tumbas de reyes...

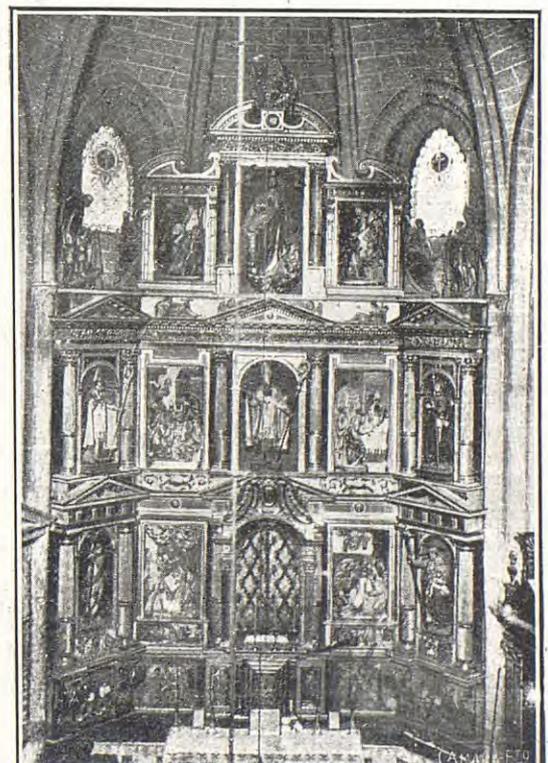
Sin embargo, el nombre sonoro y rotundo de Roncesvalles, tan sonoro y bravío como el de Covadonga, vibra por encima de las injurias del Tiempo y los olvidos de los hombres, y nos habla con voz inmortal, en estas soledades y entre estas ruinas, de independencias que defender

de integridades territoriales que conservar.

DIONISIO PEREZ



Sepulcro de D. Sancho VIII



Altar mayor de la Real Colegiata

FILOSOFÍAS FRÍVOLAS



PARA que nos acompañe en nuestra soledad, ¿qué animalito de Dios llevaremos á casa?

Se propone á sí mismo este problema un soltero que acaba de instalarse en una *garçonniere*. El celiibe referido es hombre culto, sensible, artista. Su vivienda consiste en una rotonda, y á un lado y otro sendas habitaciones como las alas abiertas y caídas de un pajarraco. Estableció el solitario en uno de los cuartos su ropero y su baño, y ya se comprende cómo triunfan allí las maderas claras, la porcelana y el cristal, una japonesa estera de junco. Sirve de biblioteca, y laboratorio, y salón, la pieza de enmedio, decorada con los armarios de libros, pinturas, luminarias, almohadones dispersos en el tapiz, un diván ancho y enano donde reposar, una mesa que se reduce á un simple tablero con sus patas; en suma: objetos de utilidad, y otros que excitan con sus colores ó con su poder de evocación. Por último, la tercera dependencia busca y consigue la intimidad con sus luces encarnadas y azules, sus muebles bajos y profundos, sus pabelloncitos de telas raras y suntuosas, su alfombra blanda, y los

braserillos de que fluyen humaredas adormiladas y fragantes.

Ya está creado el pequeño mundo, y ahora hay que poblarlo. Hasta el refugio del cenobita sentimental, no llegan los ruidos de la calle, una calle soleada y con jardinería, eje de un barrio llamado y decorativo. Las tonalidades ultramodernas de los cojines y de los paños murales, se apagan en la quietud, van tornándose opacas en fuerza de mirarlas cotidianamente. Y siendo el voluntario preso aficionado á la meditación, cae en hondos éxtasis. Puede decirse que en muchas ocasiones no se siente el pulso de la morada.

Se impone el animar la ermita profana, y nada mejor para eso que cualquiera de los animalitos domesticados por el hombre. Acaso sería conveniente adquirir un perro de manos de los vendedores de la Puerta del Sol. Y si no un gato, ya esfinge, ya tigre, con sus esmeraldas. También alegraría el calabozo una jaula con diversos pájaros policromados, que al descansar simularían una estampa oriental, y en el rebullicio darían la sensación de un arbolito florido que se

mueve bajo la ráfaga. Queda otro recurso aún. Más aristocrático que el revuelo estruendoso y deslumbrador de la pajarera, menos incómodo que el can, siempre brusco y violento, y que el felino, con sus locuras y sus flatulencias, resultaría fabricar una enorme redoma, en que unos peces encarnados y otros de oro, diabólico fuego en el agua, desarrollaran y trenzasen su sonambulismo encendido y silencioso, peregrinamente espectral...

En un instante recorre nuestro amigo la órbita caprichosa y pintoresca. De pronto piensa, en mitad de su tedio, en las mujeres, en una sola, en *ella*. Si la llevase á su casa, ¿no se despabilaría todo de repente, como por milagro? Pero no, porque la elegida, cuando no habla, ó no le hablan, necesita mover con algazara el abanico, para sentirse vivir... ¿Dónde está el manantial de la vida, que ansiosamente buscamos en los demás y en cuanto nos rodea, seres y cosas que á su vez la reciben de nosotros?...

DIBUJO DE DHOY

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

PÁGINAS ARTÍSTICAS

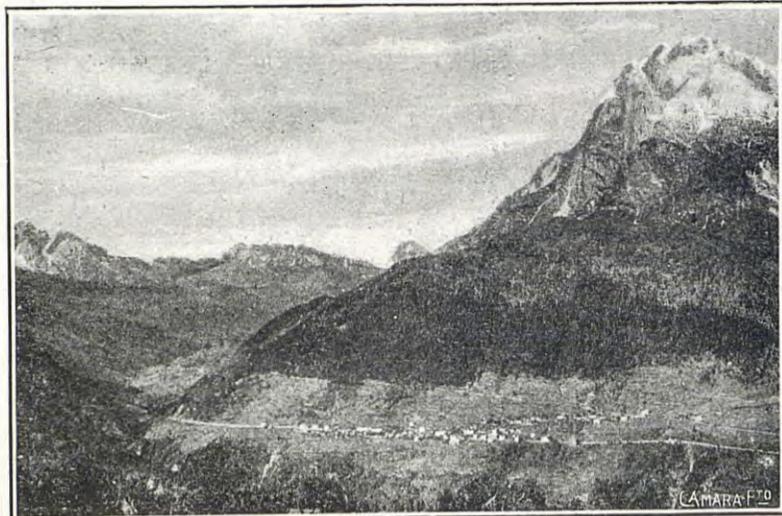


LA VIRGENCILLA MORENA, dibujo de Victorio Macho

PIEVE, EL PUEBLO DEL TIZIANO



Los deportes invernales en el Cadore.—Practicando el "ski"



El desfiladero de Antelao, junto al monte del mismo nombre

A partir de Pieve di Cadore, caminando hacia la frontera, vamos á encontrar ya esas casas de techo inclinado, tejadetes en ángulo muy agudo, grandes corredores de madera y paredes negras como si estuvieran curadas al humo; esas casas tan pobres como pintorescas, que entonan armónicamente con el verde tapiz de las praderías y con la pincelada blanca de la nieve en las cumbres.

Vamos á subir á mil y á dos mil metros por los más deliciosos valles alpinos, trazando peligrosas curvas, viendo á veces enfrente las crestas dolomíticas y otras volviéndoles la espalda; cruzando torrenteras por puentecillos de «nacimiento»; pasando de un bosque de cedros y abetos, pinos y cipreses, á una vasta extensión en que la carretera corta la *peloussé* de un jardín gigantesco, de un soberbio parque natural...

Camino incomparable para andarlo á pie, sin prisa y sin otro objeto que vivir en el seno de esta Naturaleza tan rica de color y de luz.

Ya que no es posible, aprovecharemos cualquiera parada fortuita y nos adelantaremos al auto para que nos alcance después. Interrumpido el vértigo de la carrera, parecerá más imponente la quietud del valle; el sol más alegre, el silencio más íntimo.

¡Qué sensación tan nueva, tan primitiva, la de apartarse del camino por un pequeño atajo y volver á encontrarlo, marchando sobre la hierba, separando las ramas bajas de los árboles que en seguida os cercarán y os dejarán en plena soledad...!

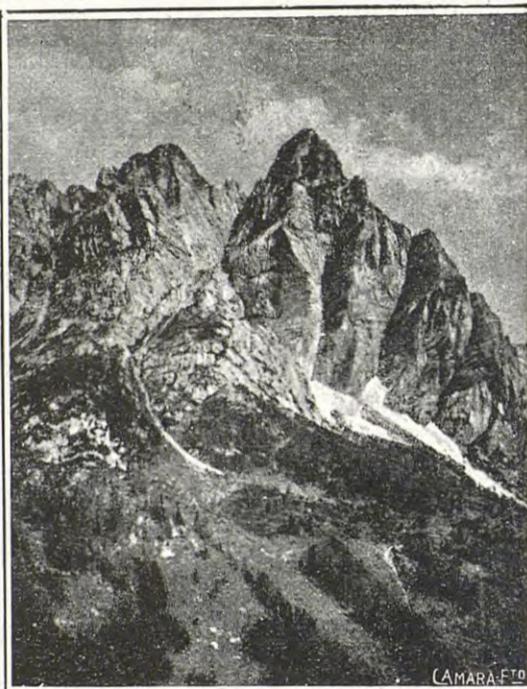
Por encima de las praderas se extenderán los bosques que parecen descender en amplia línea de combate, prestos á la defensa de las montañas, y en lo alto brillará al sol la nieve del Antelao.

Pero en Pieve, villa de montaña, las casas tienen todavía cierto aire que recuerda la llanura veneciana.

Hay grandes escudos nobiliarios en muchas de ellas.

Extendidas á lo largo de la carretera y en la falda de un monte, vivían á la sombra de un viejo castillo convertido en fuerte.

Una fonda en la plazoleta, automóviles, damas cosmopolitas sentadas negligentemente á la puerta del *albergo*...



Tres de las cimas más elevadas de las Marmarolas, que alcanzan alturas próximas á 3.000 metros

Es preciso desviarse y llegar al mismo pie del monte para encontrar la casita donde nació Tiziano Vecelli.

Tal como es hoy, tan pequeñita, tan humilde y tan vieja, á pesar del revóco, bien pudo estar hace quinientos años.

Podía vivir también, pared por medio de los Vecelli, el barbero, el *barbitonsore* que entonces afeitaba á los leñadores de Pieve. Hay una hermosa fuente muy armónica, muy proporcionada, que da guardia de honor á la casita del Tiziano y con sus cuatro caños canta sin repetirse y sin vulgaridad la gloria del artista, mucho mejor que la estatua del Zotto que acabamos de ver en la plaza. Y hay también un bosquecillo de árboles jóvenes, tal como el Tiziano lo veía cuando era niño desde la ventana de su cuarto.

Los rayos del sol, filtrándose entre las hojas, dan al verde de la pradera innumerables entonaciones.

Subiendo por el ribazo se descubre la misma vida de ayer y de siempre, la sensación de eternidad que sería tan amable y tan bella si luciera como hoy el cielo azul durante todo el año y si no llegaran pronto las nieves que hacen pensar en los llanos del Mediodía y en los ricos palacios de Venecia.

Entro en la iglesia de Pieve. No hay Tizianos. Mejor dicho, no hay cuadros de ningún gran artista.

Una sola nave, los bancos, el púlpito, nichos dorados en el altar y pocas luces en las capillitas. Nadie más que

una mujer, una anciana, arrodillada, rígida y con las manos juntas, cruzadas y extendidas hasta casi tocar el suelo. Paso dos veces á su lado y no se mueve. Es pobre, porque el manto con que cubre la cabeza está muy raído, pero no viene como las viejecitas de otros templos á pedir una limosna.

Mira al Cristo, reza y tiene un cerco morado alrededor de los ojos, llenos de lágrimas. Es una madre, una madre italiana, la Dolorosa de Pieve di Cadore.

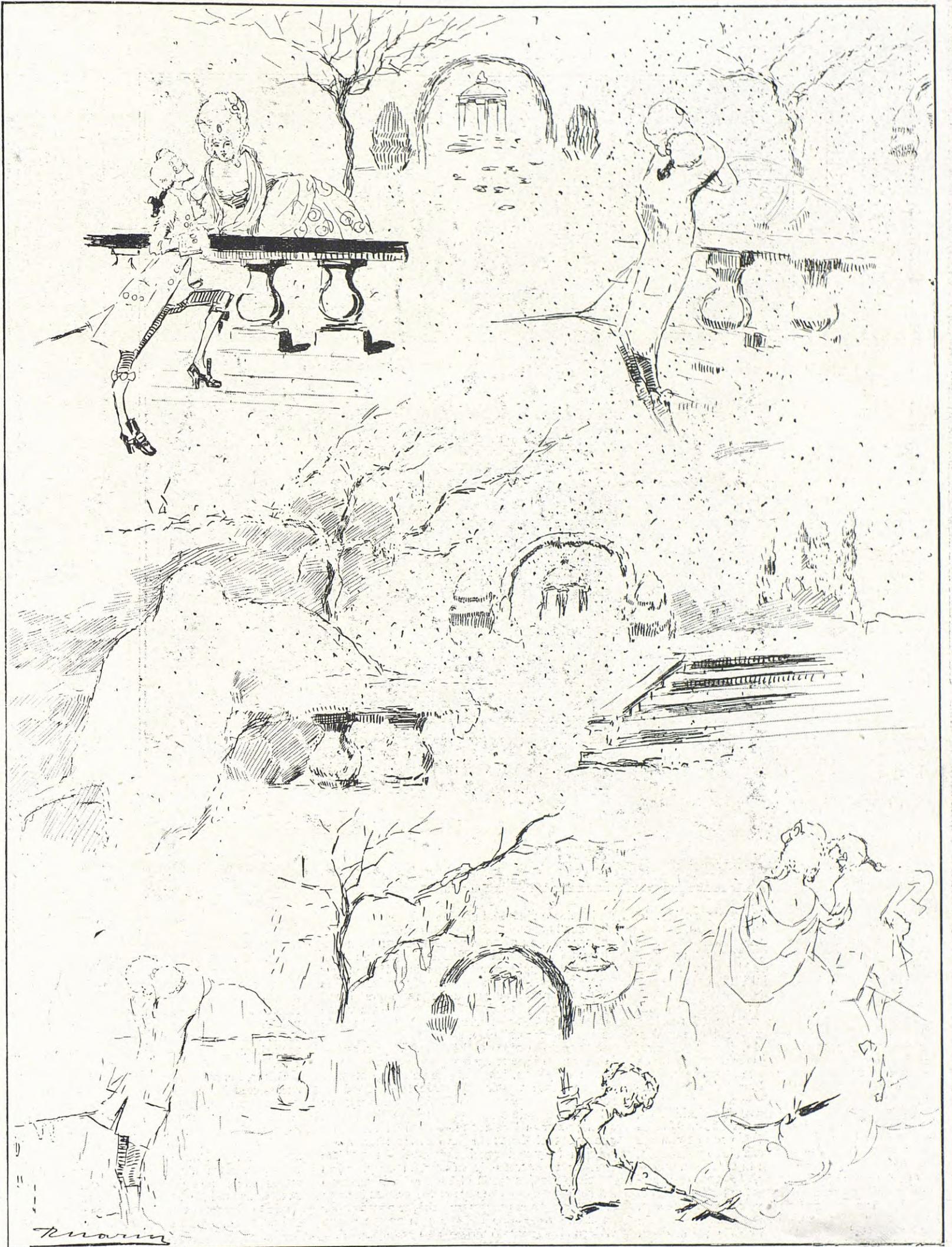
Como esta madre de Italia, ¡cuántas en Bélgica, y en Francia, y en Alemania, y en Austria, tienen los ojos arrasados de lágrimas y el corazón traspasado por las espadas del Dolor!

LUIS BELLO



Casa natal del Tiziano, en Pieve di Cadore

PÁGINAS ARTÍSTICAS



EL MADRIGAL DE LA NIEVE, dibujo á pluma por Ricardo Marín

EN LA IGLESIA ALDEANA

ORACION



SEÑOR: toda mi alma está deslumbrada por la claridad de este humilde templo. Es como si el sol hubiese también entrado en mí y yo pudiese ver hasta los oscuros rincones del espíritu. En las grandes iglesias ciudadanas hay sombríos lugares que ama la desesperación. El ansia fracasada, la obsesión engañosa, las pequeñas y las grandes miserias humanas gustan de ir á meditar ceñudamente en aquella penumbra que se diría húmeda de lágrimas. Y en la doble sombra del lugar y del ánimo las preocupaciones tienen un acongojante aspecto fantasmal, y sólo brillan sus ojos alucinantes, más quietos que luces de cirios, entristecedores.

Pero he aquí que este haz de sol que se desparrama en el pequeño templo, dorado y alegre, ha ahuyentado nuestras visiones pecadoras y la secreta tortura del espíritu que ahora se levanta todavía con el gesto de un doncel que al despertar de una pesadilla duda de la felicidad del engaño. Veo la falsedad de las ansias ciudadanas, la banalidad de las ambiciones que he creído dignificantes; ha caído todo el lírico ropaje con que vestí el amor; sé que viví embrujado y enfermo, en una lucha extenuante con la Quimera.

Quisiera ser ahora, Señor, el aldeano que junta sus manos encallecidas ante el altar. Ser el espectador cotidiano de los milagros frecuentes, del milagro de la siembra que germina, del milagro de la flor que brota y del fruto que madura, y del ir y venir de las aves viajeras. Y contemplar la varia maravilla del campo: el cielo todo incendiado en un crepúsculo, la ilusión de mar

de la mies ondeante, la sinfonía de los bosques... Y gozar las hondas emociones bucólicas: colgar del crucero, en ofrenda arcaica, las primeras espigas del maíz; oír en el lecho el sonar de la esquila del templo, que mueven las ráfagas; ver las movibles manchas blancas del rebaño ó la sólida figura del manso buey dorado que alza, á nuestro pasar, la cabeza y nos mira—una verde brizna en el belfo—, arrojando en dos conos de humo su aliento rítmico.

Ser como el aldeano humilde. Vivir cerca de la tierra, en la tierra misma; amar el fuego de la honda chimenea, junto al que se tumba el mastín que ha de vigilar más tarde ladrando á las sombras del camino, á las sombras de hombres y á las sombras de almas en pena que viven en la noche; amar la lluvia que esponja el terreno y que acuna el descanso del labrador; tener una sencilla fe y una sencilla superstición que me descifre el secreto de la estrella desprendida del cielo y caída hacia el horizonte; el misterio del rojo matiz con que alguna vez se alza la luna—el misterio de las viejas ruinas que habrá sobre un monte romántico donde en un tiempo lejano vivieron los moros ó un violento señor feudal.

Y venir, Señor, á esta iglesia pequeña y blanqueada, siempre llena de luz y que, al abrirse en ella el espíritu, salgan las cándidas mariposas

que y vierta el agua sobre la tierra sedienta; el deseo de que brille el sol; el deseo de que no maten las orugas los pomposos árboles del castañar. Ser, así, como un amparador de la tierra, y, al entrar en el templo, poder imaginar que se llevan con las propias cuitas las cuitas de los pequeños seres que no saben rezar ante Dios sino con un balbuceo rumoroso: los sembrados y el bosque y el río en estiaje y las parcelas resacas y el monte y los animales que se agrupan servicialmente alrededor del hombre, en sumisión.

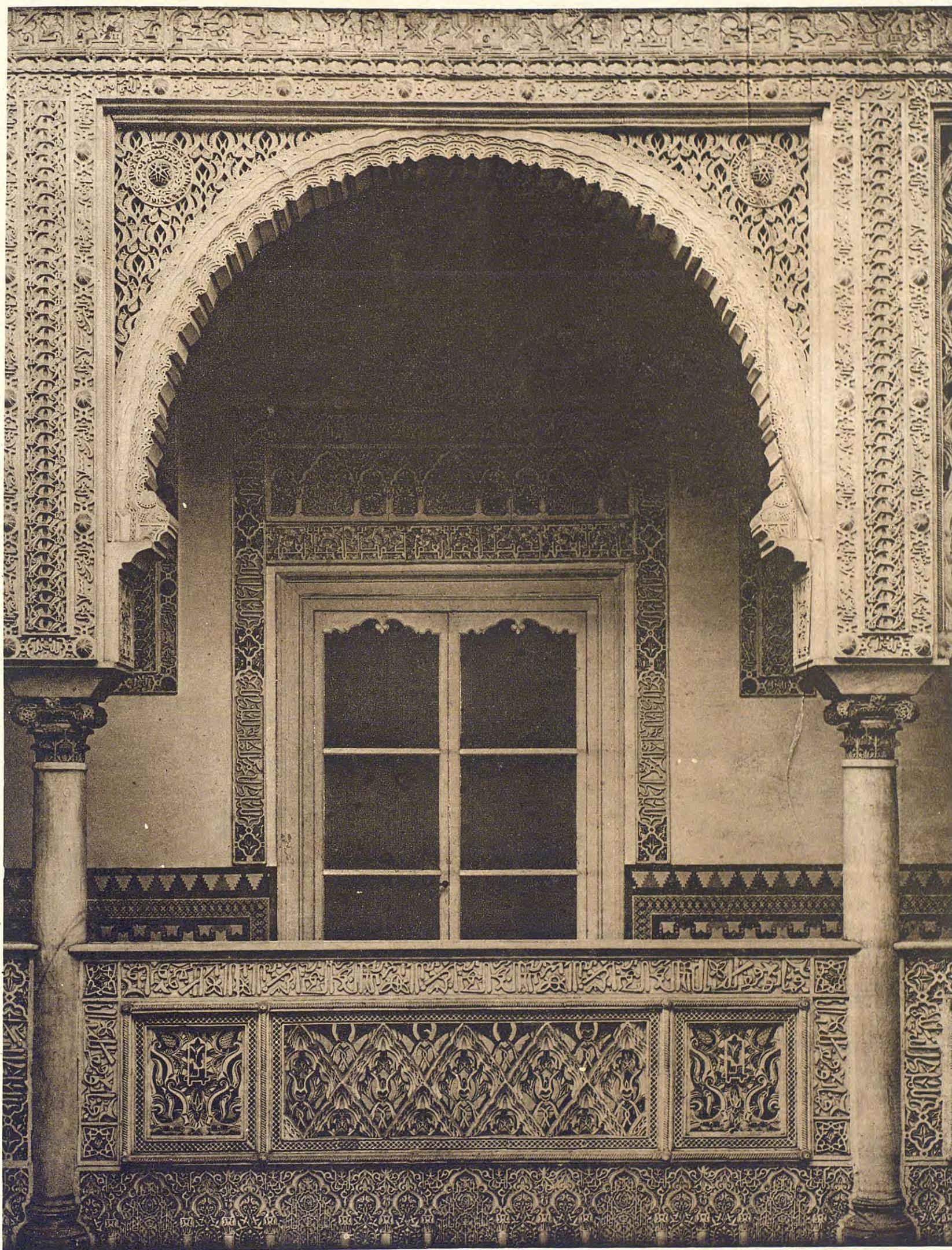
Señor, los monstruos de la ambición y de las ansias ciudadanas nos esperan otra vez fuera de este recinto. Ellos atarán nuestras manos y entrarán nuevamente en nuestro corazón, y nuestra alma será, entre ellos, como el cuerpo tembloroso de miedo de una doncella en una misa satánica. Danos una reliquia arrancada de esta paz, para ahuyentarlos. Libranos de los malos enemigos de la quietud espiritual, de las asechanzas del Mundo, de la mordedura de fuego de la Carne, de las tentaciones codiciosas de todos los fantasmas demoníacos que nos cercan. Amén.

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ

FOT. CONDE DE LA VENTOSA

LA ESFERA

ESPAÑA MONUMENTAL



PARTE ALTA DEL PATIO DE LAS MUÑECAS, DEL ALCÁZAR DE SEVILLA

Fot. Castellá

LA ESFERA

ARTE FOTOGRAFICO



UN ASPECTO DEL PANTANO DE VALLVIDRERA, EN LOS ALREDEDORES DE BARCELONA

Fot. Cano Barranco

LA ESFERA

ARTE MODERNO



RETRATO

Cuadro de Pedro Sáenz

LOS GRANDES REVOLUCIONARIOS
EL MARISCAL PARDO DE CELA

DESPUÉS de aquella terrible guerra de los hermandinos, insurrección la más parecida de cuantas hubo en España á la famosa jacquerie de Francia (aun más que las germanías, con serlo éstas mucho), quedó todo el territorio de Galicia convertido en hervidero de pasiones sangrientas, de tenaces odios, de ambiciones immoderadas, de rencoros profundos, y las gentes discurrían por campos y ciudades siempre en son de guerra, en aquella actitud en que retrataba á las provincias el primer conde de Toreno, tomando la frase de Veleyo Patérculo, cuando decía: que se mostraban «tan difusas, tan frecuentes, tan ferás».

Y no eran ya los campesinos, aplastados al fin por la férrea mano de los nobles, castigando en ellos con feroz ensañamiento aquellos actos de terrible fiereza de que se jactaba Mingo das Mariñas, uno de los jefes hermandinos, cuando decía que «había degollado numerosos hidalgos nobles, arrasado sus castillos y estrellado contra sus pétreos muros infinidad de criaturas».

No; no eran ya los humildes los que se insurreccionaban; no eran aquellos infelices esclavos que, en un relámpago de justa ira, habían tratado de vengar las humillaciones, los trabajos, las afrentas y los martirios que venían sufriendo desde luegros siglos todas sus generaciones y que, pasada la satisfacción de un breve desquite, habían de sufrir todavía por mucho tiempo. No; los que ahora se insurreccionaban, los que peleaban, los que agredían sin respeto á ninguna autoridad divina ni humana, eran los nobles, los grandes, los poderosos, que llenos de ambición, embrujados de codicia y perturbados por la soberbia, como Pompeyo y César, «si el uno no reconocía superior, el otro no sufría igual», sembrando así el espanto, la destrucción, el terror y la muerte de aquellas rientes y dulces campiñas de la Galicia, creadas y embellecidas por Dios para el encanto y la felicidad de los hombres.

Describiendo el estado de Galicia á fines del reinado de Enrique IV, dice el historiador gallego Aponte:

«Los robos, las talas, las prisiones, las mutilaciones, las heridas y los asesinatos eran cosa corriente, y tanto, que si para el Rey pasaron inadvertidos, se hicieron públicos en gran parte de Europa, llegando hasta el punto de que el papa, Calixto III (el primer papa Borja), que, al fin, era español, expidió en 4 de Marzo de 1455 una bula, dictando severísimas penas contra los perpetradores de tan horribles atentados, pues «muchos hombres alquilaban asesinos por dinero y dádivas para matar alevosamente clérigos y seglares y apoderarse de sus cosas, haciendas y moradas.»

Los nobles, á quienes combatían principalmente, era á los prelados (quizá fué esta la razón de intervenir el pontífice), por ser éstos los que ostentaban y poseían mayores riquezas; así el famoso Alvaro Pau de Sotomayor se apoderó del obispado de Tuy, del cual era titular D. Luis Pimentel, hermano del conde de Benavente; de la diócesis de Mondoñedo se había apoderado Pardo de Cella, obligando á huir, sin parar hasta Sevilla, al obispo titular, que era nada menos que D. Fadrique de Guzmán, hijo del conde de Niebla; en Orense imperaban con alternativas el conde de Benavente y el de Lemos, y en Lugo mandaba por su propia voluntad y su fuerza Ruilópez de la Peña, en nombre del conde de Trastámara.

Terrible y larga fué la lucha que, para contener y castigar tantos desmanes, emprendió el famoso arzobispo D. Santiago Fonseca contra la nobleza gallega, á cuyo frente estaba el poderoso Fernán Pérez de Andrade, que contaba con más de 5.000 vasallos, sobre los cuales tenía y ejercía «derecho de sogá y cuchillo; señor tan finchado y fastuoso que iba siempre acompañado por numerosos pajes y escuderos y varios trompetas que anunciaban su paso; era tan rico, que «en su casa todos comían pan de trigo da praza», y tenía varios señores como feudatarios á sueldo. Seguiale Alvaro Páez de Sotomayor (hijo del famoso Fernán Yáñez, «que murió de

viejo é nunca fué vencido por nadie»), el cual, ayudado de su hermano, el famoso Pedro Madruga, no obedecía á nadie, sino que «hacían todo lo que querían, y con los suyos y su esfuerzo, y con todo, iban adelante».

Por último, sobresale entre todos ellos Pedro Pardo de Cella, llamado el mariscal, y también «el primer noble de Galicia», yerno del conde de Lemos y señor de las fortalezas de Cendimil, Fronseira, San Sebastián de Carballino y algunas más.

La perturbación que estos soberbios señores esparcían por todo el territorio galaico, y la desolación en que tenían sumidos á todos sus habitantes, eran terroríficas; sin respeto alguno que les contuviese, sin autoridad que pudiera

puddere recibir como católico cristiano é que muerá lo más prestamente que pueda, para que pase más seguramente su ánima.» Al que robaba de 500 á 5.000 maravedises, se le cortaba un pie; la pena de muerte se ejecutaba asaeteando al reo.

«Prestaron—dice Cavanilles—estas hermandades inmensos servicios al país; respiraron los vecinos y conocieron los malhechores que había pasado el tiempo de la impunidad. Casi todos los nobles bajaron la cabeza y se sometieron, excepto el conde de Camuña, Pedro Madruga, que ofreció refugio en sus estados á todos los malhechores, guarneciéndolos con unos sus castillos (entre ellos el que en estos días se ha anunciado en venta por subasta) y llevando otros de escolta para sus fechorías.

En año y medio, Fernando de Acuña como militar, y el licenciado Chinchilla como hombre de ley, habían pacificado Galicia y reducido á los nobles á la obediencia, demoliendo 46 fortalezas de estos soberbios revoltosos.

Pero en el Norte del territorio quedó Pardo de Cella cometiendo toda clase de atropellos y vejaciones, más altivo, más soberbio y más atrevido y valeroso que nunca, detentando y gastando en la guerra las rentas del obispo de Mondoñedo, que decía pertenecían á su mujer, doña Isabel de Castro, única sobrina y heredera de don Pedro Enriquez, obispo de aquella diócesis.

Ordenes, halagos, amenazas, todo era inútil para reducirle, y Fernando Acuña tuvo que acometerle con las armas, prendiéndole el capitán Luis Mudarra, al cabo de dos años, de sitio en la fortaleza de Fronseira, en 7 de Diciembre de 1483, y aun esto porque fué vendido por uno de los suyos, después de enérgica lucha, con su hijo Pedro Miranda y otros hidalgos y labradores que le seguían.

Conducidos á Mondoñedo, dice la crónica de Hernando del Pulgar: «E despues de presos, daban grandes sumas de oro para la guerra de los moros, por que les salvarsen la vida; pero aquel caballero e aquel letrado (Acuña y Chinchilla) no lo quisieron recibir.»

No se dió por vencida doña Isabel de Castro, esposa y madre, respectivamente, de Pardo de Cella y Pedro Miranda (1), que, á juzgar por sus hechos, era dama de nobles arrestos y de gran corazón; y pidiendo á las autoridades un aplazamiento en la ejecución de los reos, se dirigió á Valladolid, donde á la sazón se hallaba la Reina Católica, y echándose á sus plantas le pidió la vida de Pardo y su hijo, ofreciendo, en efecto, grandes sumas, verdaderos tesoros por su rescate.

Pero la Reina contestó, amable, pero dignamente:

«Que los sentenciados habían cometido grandes desafueros é «muchos homeciellos» y que, habiendo perdido la vida tantos hombres humildes por causa de los poderosos, no podía otorgárseles á éstos el perdón, por mucho que ofreciesen, porque, terminó diciendo, Dios me ha dado la autoridad y la corona para administrar justicia en mis reinos, pero no para venderla.» Y los dos revolucionarios fueron decapitados el 17 de Diciembre. Murió el hijo, que tenía veintidós años, con grandes señales de arrepentimiento, y está sepultado en la catedral, junto al púlpito del Evangelio.

Los bienes que les fueron confiscados, se los devolvió la Reina á la viuda doña Isabel de Castro, dando con este acto una prueba de magnanimidad, á la par que de alto sentido político, pues de ese modo demostraba su buena voluntad al padre de la viuda, al poderoso conde de Lemos, cuya amistad le era de gran provecho para la paz de aquellos reinos.

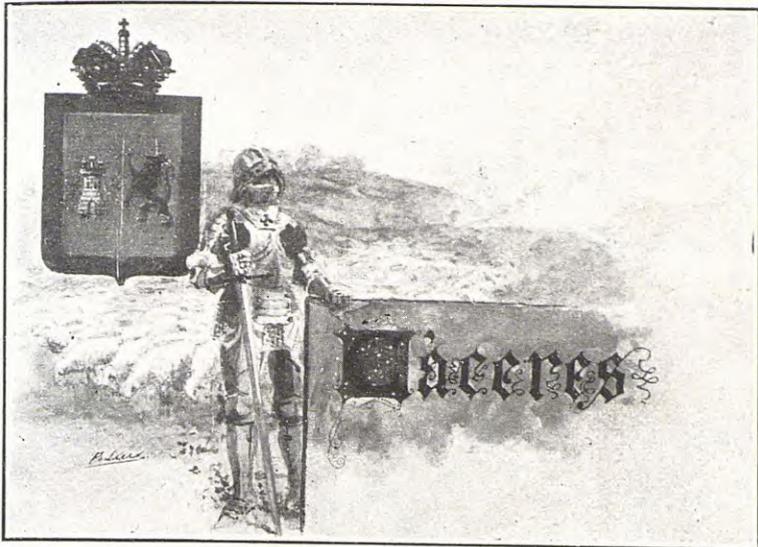
FERNANDO SOLDEVILLA

(1) En aquella época no se había regularizado aún el uso de los apellidos, y era muy común llevarle distinto los individuos, padres, hijos y hermanos de una misma familia, como se prueba en la familia de Cervantes y en la del Gran Capitán.

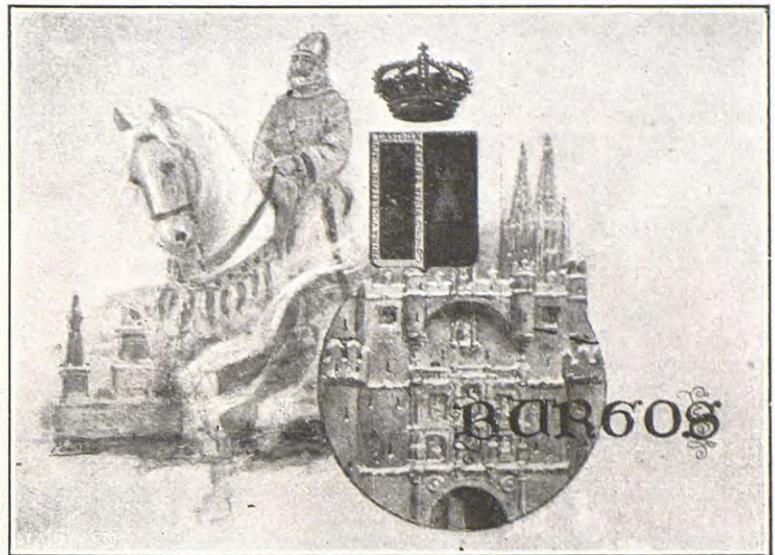


«El mariscal Pardo de Cella, sitiado en el castillo de Fronseira», cuadro del ilustre artista gallego D. Manuel Angel, que se conserva en la Diputación provincial de Pontevedra

EL DIBUJANTE PEDRERO
UNA OBRA ARTÍSTICA



Emblema de Cáceres



Emblema de Burgos

PARA celebrar el XLII aniversario de su fundación legal, la Asociación de Escritores y Artistas ha rendido un homenaje á su presidente, el Sr. López Muñoz, regalándole un álbum con la firma de los asociados de toda España.

Cabría dentro de los límites de una gacetilla de un periódico diario este hecho, si no hubiera servido, además, para que un artista realizara la merítisima labor de ilustrar cada una de las hojas de este álbum con primorosos dibujos y alegorías.

Al frente de cada grupo de firmas de los asociados de todas las provincias españolas, Mariano Pedrero ha compuesto, en torno al escudo de la capital respectiva, de artístico modo, tipos, escenas y paisajes característicos.

Son como estrofas de un poema gráfico en diversos metros y varia inspiración. Va, página á página, el artista glosando la vida española en sus manifestaciones pretéritas y actuales.

Así en Oviedo, un astur de montera y calzones cortos contempla, apoyado en una rebeque, las zarzadoras que enguarnaldan la mística silueta de Covadonga y la rústica de un hórreo: avanza pausado en Burgos el Cid, á caballo en su corcel que vió ensancharse Castilla, y, entre la nieve, los arcaicos edificios civiles y religiosos: voltean los molinos de viento sus aspas en la llanada manchega; miran las sendas cabezas del águila bicéfala de los Austria á la Puerta del Sol y al alcázar, como símbolos del Toledo de ayer y de hoy; bajo el nombre de Vizcaya surge el fragor ígneo, las hinchadas y densas humaredas de su fabril fiebre; ante las lejanas maravillas arquitectónicas de Salamanca cruzan las siluetas



MARIANO PEDRERO
 Autor del álbum regalado por la Asociación de Escritores y Artistas á su presidente, Sr. López Muñoz

de los charros con su pintoresco indumento, y los sopistas con sus hábitos andrajosos y los sombreros de medio queso con que se cubrían las testas repletas de latines y picardías; zarpan del onubense puerto las tres carabelas que habrían de conquistar el mundo ignorado para la España de los católicos monarcas; mece suave en la noche

sus barcazas el Guadalquivir, mientras sobre el aire perfumado de claveles y constelados de siluetas, se aguzan, enamoradas del cielo, las torres del Oro y de la Giralda...

Y así, cada una de las provincias halla su comentario exacto, su evolución sentimental.

La obra realizada por Mariano Pedrero en este álbum es la consagración definitiva de su arte.

Una gran riqueza de motivos ornamentales y decorativos, un irreprochable buen gusto informan todas las alegorías, composiciones y heráldicos emblemas; algunas páginas están casi cubiertas por completo con la ilustración de tal manera, que llegan á ser un verdadero cuadro, por la amplitud con que está tratado el asunto.

Mariano Pedrero es un dibujante excelente. Maneja la pluma con aquellas simultáneas minuciosidad y soltura que empieza á olvidarse ahora y que fué, en otro tiempo, condición indispensable de los verdaderos ilustradores.

Su labor en *La Ilustración Española y Americana*—antes de las últimas fases y manifestaciones de esta revista—ha sido constante y eficaz en un período de veinte ó veinticinco años consecutivos.

Alternando con esta labor periodística, Pedrero ilustraba libros y publicaba sus impresiones de viaje por España y por Europa.

Por eso este álbum que la Asociación de Escritores y Artistas ha regalado á su presidente, significa la culminación de la obra de Mariano Pedrero. Es un himno á España que lanza uno de sus hijos que más la conocen palmo á palmo, rincón á rincón y maravilla á maravilla...

S. L.



Emblema de Huelva



Emblema de Valencia

TIERRAS DE ARAGÓN
LA ANTIGUA COLEGIATA DE ALQUÉZAR

SORPRENDE tropezar en tan apartado lugar de la provincia de Huesca, adonde es preciso llegar por un dédalo de carreteras y caminos carreteriles, una iglesia con la suntuosidad de la que el rey Sancho Ramírez hizo levantar dentro de la fortaleza de Alquézar, y sobre todo cuando el artista y el arqueólogo examinan asombrados las riquezas de todas clases, arquitectónicas y suntuarias, que en ella se guardan con exquisito y nunca bastante alabado celo.

A primera vista nada queda del esplendor que alcanzara á principios del siglo xvi, cuando, después de haber llegado casi á desaparecer el culto durante el xv, logró el título de Colegiata, y contaba la triolera de catorce racioneros. Pero cuando, escalada la subida del castillo y examinado al paso el relieve de las Santas Nunilay Alodia, sobre la puerta de la que debió ser su prisión, se cruza el sencillo pórtico y se deja atrás el sombrío claustro; cuando, atravesando la gótica portada, penetramos en el templo, de ancha y elevada nave, con nervada bóveda que se engalana de elegantes rosetones, entonces la suntuosidad de mejores tiempos esplendorosos nos gana el ánimo. El rey don Sancho, que fué su fundador, dióle como dotación la villa de San Esteban del Vallé, la iglesia de San Juan de Matirero y las décimas de ganado de todo el territorio de Sobrarbe, desde el río Cinca al Alcanadre, erigiéndola en capilla real y eximiéndola, como á su abad, don Galindo y siervos de Dios que en ella estuviesen, de todo yugo y servicio real y episcopal, exención igual á la que disfrutaban los monjes de San Juan de la Peña.

Don Pedro I confirmó á la iglesia de Alquézar todos sus privilegios, y le dió otros nuevos, y cuando don Ramón Berenguer ganó á Tortosa é instauró en ella su antigua sede episcopal, como la mayor parte de su diócesis estaba en poder de los infieles, dióle la capilla real de Alquézar con todas sus iglesias sufragáneas, villas, diezmos y demás pertenencias, donación que confirmaron don Alfonso II y su mujer, doña Sancha, volviendo más tarde á poder del obispado de Huesca, cuando de las tierras tortosinas fueron lanzados los infieles, mas no sin que hubiese un largo pleito, en el que fueron mediadores el rey don Jaime I y el arzobispo de Tarragona, don Pedro.

El restaurador de la iglesia de Alquézar fué don Juan de Aragón y Navarra, obispo de Huesca; pero á quien le debe la multitud de reliquias y alhajas que guarda en su tesoro, es á un hijo de Alquézar: al canónigo de Milán, Bartolomé de Lecina, que, acompañando al embajador de Felipe II, duque de Terranova, estuvo en Alemania en 1580, visitando Colonia cuando, por haber abrazado el calvinismo su arzobispo,

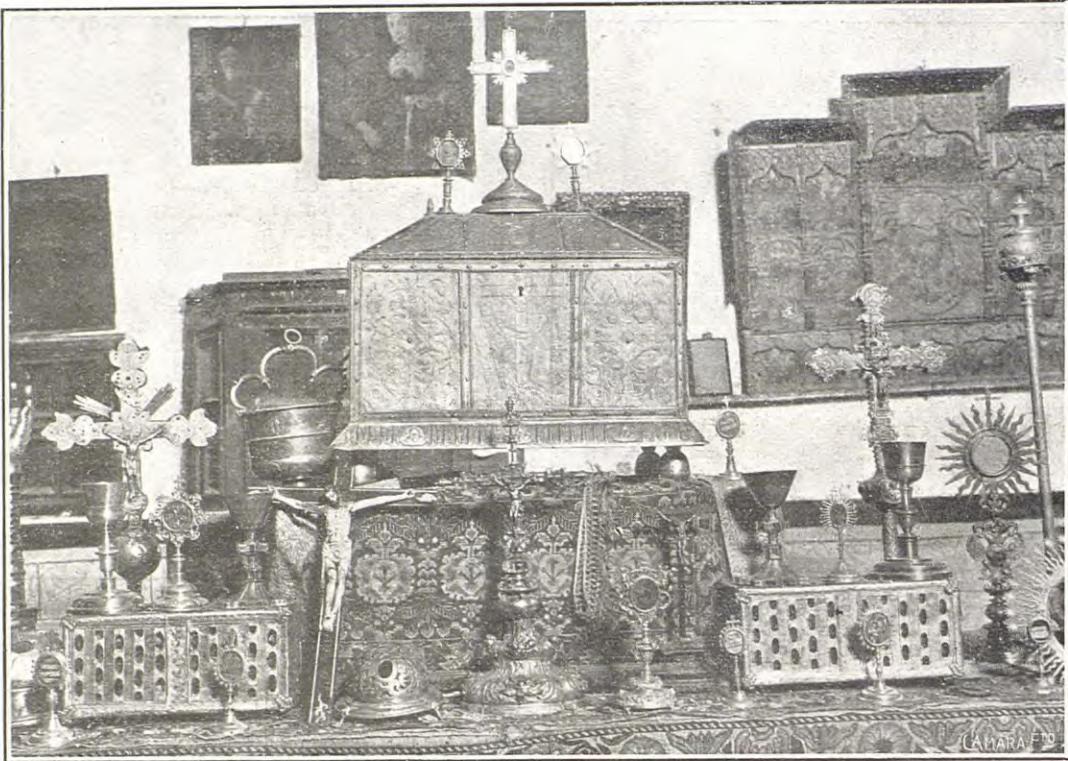
Gebardo Bruxes, se había iniciado una tenaz persecución contra todo lo que oliese á catolicismo. El canónigo recogió cuantas reliquias pudo y

depositólas á su vuelta en Alquézar, con otros diversos objetos artísticos, cuadros y piezas de plata. En las capillas del claustro descubrense restos románicos de los siglos xiv y xv, una portada con preciosos arabescos de yeso endurecido; en la puerta de ingreso al templo, algunas esculturas de mérito, y ya dentro de él, la pila del agua bendita, del siglo xiv. En la capilla del Cristo sorprende la imagen del Crucificado, del siglo x, y también una reproducción bastante justa de la escena del Pismo de Sicilia. Pero donde se descubre como el *Sancta Sanctorum* de este espléndido museo perdido entre las fragosidades de las sierras oscenses, es penetrando en la pequeña sacristía de esta capilla y comenzando el desfile de objetos artísticos con el hermoso lienzo, atribuido á Murillo, representando la Sagrada Familia. El Niño aparece dormido, con un pajarillo en la mano, sobre el halda de la Virgen, la cual, madre amorosa, muéstranos en actitud de tender sobre las carnicitas sonrosadas del infante un tenue velo. Contemplan la escena San José á la izquierda y San Juan Bautista á la derecha, flotando sobre todo ello un especial encanto. Las facciones de las figuras están suavemente diseñadas; el colorido matiza acertadamente el conjunto, y la escena resulta de una delicadeza emblesadora. Hay allí también un Jesús resucitado, rodeado de ángeles, de Alonso Cano, y una Magdalena que, si no es del Tiziano, habrá de ser de un buen discípulo suyo; un retrato de San Felipe Neri, á los treinta y un años; dos retablos de escuela aragonesa de la primera mitad del siglo xv; un crucifijo de marfil muy estimable, y otras pinturas sobre tabla, cobre y lienzo.

En orfebrería guarda la iglesia de Alquézar un altar móvil de plata, varias reliquias en urnas y brazos repujados; custodias, cálices y cruces de fines del siglo xvi, traídos de Colonia por el ya citado canónigo Lecina, y además, una rica colección de frontales, paños y sagradas vestiduras de tisú de oro, plata y terciopelo, obra de los siglos xv y xvi.

Y al cuidado de todo esto, para suerte de los arqueólogos españoles y gala de la humilde villa oscense á que nos venimos refiriendo, encuéntrase un párroco que deja en el turista un recuerdo imborrable: don Rafael Ayerbe, que puede y debe ser un ejemplo para todos los párrocos españoles que son custodios, por su ministerio, de joyas y recuerdos de otros tiempos.

Si como él fueran y hubieran sido todos sus semejantes, ni habría que temer por las obras de arte, ni que lamentarse por las que marcharon de España por el camino de la emigración artística.



El joyero de la Virgen, en la Colegiata de Alquézar



El altar mayor de la Colegiata de Alquézar

FOIS. SAMPERIO

J. GARCIA MERCADAL



Agua de Syrus

MARCA REGISTRADA

BLANCA Y ROSA

La única higiénica para la belleza

Suaviza y hermosea el cutis, haciendo desaparecer los pequeños granos y manchas, dando una blancura nacarada

De venta en perfumerías 3 y 7 ptas. frasco.—Provincias, 3,50 y 8 ptas.

Fábrica y Dirección: Plaza de la Encarnación, 3.—Teléf. 1.633.—MADRID

EVITANSE
TRATANSE
CURANSE
TODAS LAS ENFERMEDADES

DE LAS
Vias Respiratorias

con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero no se responde del éxito sino empleando

LAS VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

EXIJANSE PUES

en todas las farmacias

En CAJAS de à Ptas. 4.50

con el nombre VALDA en la tapa
y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER et C^o,
BARCELONA.

Fórmula:
Menthol: 0.002
Eucalyptol: 0.0005
Azúcar-Goma.

Rifle de
Repetición
Remington
UMC
Calibre .44



El arma
universal

REMINGTON
UMC

LOS cartuchos
Lcalibre .44 son
los de precio más
módico, en relación a
su tamaño y potencia.
Se usan universalmente y
darán resultados espléndidos
con el rifle de repetición Remington
UMC calibre .44.

Se enviará libro descriptivo gratis a quien lo solicite

REMINGTON ARMS UMC CO.
233 BROADWAY NEW YORK

Expedidores para España
UNION ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS
Villa Nueva 11 Madrid

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



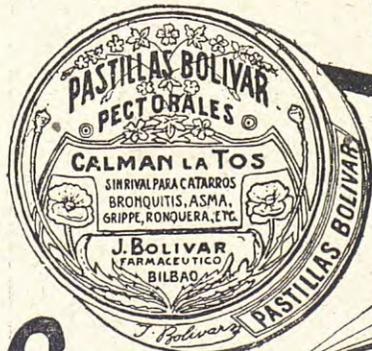
No ganará V. jugando a ciegas

ni curará su estreñimiento con
purgantes que irritan el intestino.

LAXEN BUSTO

es un laxante suave y eficaz
que no causa molestia alguna.

PASTILLAS BOLIVAR



CATARROS, ASMA, TOS

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pídase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prevenir que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

GUERRA A LA ANEMIA!
PARA
VIVIR
MUCHOS AÑOS



USEN LOS NIÑOS Y LAS PERSONAS MAYORES EL JARABE DE HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE: INAPETENCIA DEBILIDAD GENERAL

RECHÁZASE TODO FRASCO QUE NO SE LEA EN EL EXTERIOR CON TINTA ROJA HIPOFOSFITOS SALUD EN LA ARGENTINA PÍDASE HIPOFOSALUD

LÓPEZ HERMANOS "Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivera, Adolfo Pries y Cia. y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Únicos fabricantes del incomparable ANIS MOSCATEL, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Cognac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido a la anomalía de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confíen. Para más detalles, pidanse catálogos.

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE
Pedro Closas
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21



Para vivir con holgura no recurras a la usura. Sé avara de tu hermosura y usa crema PECA-CURA.

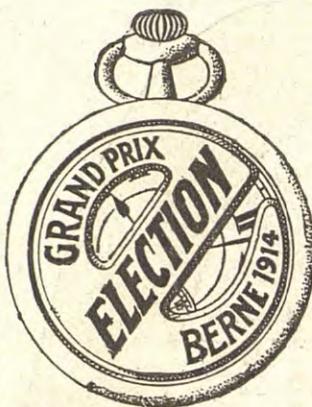
Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua cutánea, 5.—Colonia, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

USE Ud
la
Magnesia
Efervescente
DEL
Dr. Frigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE ESPAÑA

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

IMPRESA DE «Prensa Gráfica», HERMOSILLA, 57, MADRID



RELOJ DE PRECISIÓN "ELECTION"

Viuda de Alberto Maurer

ALMACÉN DE RELOJES AL POR MAYOR:

Carrera de San Jerónimo, 15, MADRID

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

EL MÁS PODEROSO
DE LOS
TÓNICOS

cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL
QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS